



ESTRATTO

La crisis que afectó a los espectáculos de la tradición romano-pagana es la misma que afectó a la totalidad del Imperio (especialmente en su parte occidental). Se trató fundamentalmente de una crisis económica agravada – cuando no motivada en gran parte – por las invasiones germánicas. A raíz de tales incursiones, las ciudades quedaron arruinadas y no pudieron permitirse el lujo de continuar sufragando ciertas magnificencias como eran los espectáculos públicos. Éstos eran un fenómeno típicamente urbano, por lo que la ruina de las ciudades que los sustentaban supuso también su propia ruina. A partir de ese momento, los *ludi* sólo pudieron contemplarse en los principales centros urbanos, y no por mucho tiempo. Salviano es el mejor testimonio de este tiempo de profundos cambios. Según el presbítero de Marsella, los juegos dejaron de ofrecerse en los municipios porque ya no había municipios en los que poder ser ofrecidos, y todo a causa de la miseria de los tiempos:

non enim hoc agitur iam in Mogontiacensium civitate, sed quia excisa atque deleta est; non agitur Agrippinae, sed quia hostibus plena; non agitur Treverorum urbe excellentissima, sed quia quadruplici est eversione prostrata; non agitur denique in plurimis Galliarum urbibus et Hispaniarum [...] Quae spes Christianis plebibus ante deum est, quandoquidem ex illo in urbibus Romanis haec mala non sunt ex quo in barbarorum iure esse coeperunt?¹; [...] nunc autem ludicra ipsa ideo non aguntur quia agi iam prae miseria temporis atque egestate non possunt²; [...] ideo enim non in omnibus iam aguntur quia urbes, ubi agebantur illa, iam non sunt, et ubi, siquidem diu acta sunt, quae id efficerent, ut, ubi illa agebantur, esse non possint³.

Tan sólo las principales capitales – especialmente las de Italia (como Roma o Ravena), la parte menos afectada – podían seguir sustentándolos, hasta el extremo de que, según Salviano, algunos aprovechaban un viaje a cualquiera de las dos urbes mencionadas para contemplar los espectáculos que se ofrecían en ellas: «denique cuiuslibet civitatis incolae Ravennam aut Romanam venerint, pars sunt Romanae plebis in circo, pars sunt populi Ravennatis in theatro»⁴.

El objetivo de estas páginas es estudiar el modo en que se produjo este declive en un género concreto de espectáculo: los *ludi venatorii*. A pesar de la crisis citada, las *venationes* continuaban existiendo en el siglo V y, según nos testimonia Salviano, no habían perdido para nada el carácter sangriento que las había caracterizado en buena parte durante centurias⁵. Pero no nos llevemos a engaño, los días dorados de la tradicional cacería romana estaban llegando a su fin. Nuestra intención en este escrito es analizar las últimas manifestaciones de las *venationes* en Occidente, al mismo tiempo que compararemos esta decadencia con la pujanza que entre tanto se estaba viviendo en el Imperio Bizantino. Igualmente, someteremos a examen las causas de su desaparición, y nos plantearemos la cuestión de si se produjo una muerte total de estos *ludi* o si algunas de sus formas pudieron sobrevivir y pasar bajo otros nombres a épocas posteriores.

La crisis de las *venationes* clásicas

En Italia, las cacerías continuaron ofreciéndose todavía durante un tiempo tras el destronamiento de Rómulo Augústulo. Una vez bajo el poder germano, los habitantes de la Península Italiana aún pudieron contemplar *venationes*, como cabe colegir de las reformas que se efectuaron en el Coliseo

Este estudio se ha realizado gracias a la concesión de la beca postdoctoral EX2002-0661 del MEC (Ministerio de Educación, Cultura y Deporte), y se enmarca en los proyectos de investigación BHA2001-3665 del MEC y del Grup de Recerca 2001SGR-00011 de la Generalitat de Catalunya, de los cuales es investigador principal el profesor Josep Vilella, y de HALMA (Histoire, Archéologie, Littérature dans les Mondes Anciens), UMR 8142 del CNRS (Centre National de la Recherche Scientifique), Lille 3, MCC, dirigido por el profesor Arthur Muller. Quisiéramos agradecer asimismo la valiosa ayuda proporcionada por Janine Desmulliez y Stéphane Lebecq, profesores de la Université Charles-de-Gaulle Lille 3.

1. SALVIANUS MASSILIENSIS, *De gubernatione Dei*, VI, 8, 39-40.

2. SALVIANUS MASSILIENSIS, *De gubernatione Dei*, VI, 8, 42.

3. SALVIANUS MASSILIENSIS, *De gubernatione Dei*, VI, 8, 45.

4. SALVIANUS MASSILIENSIS, *De gubernatione Dei*, VI, 9, 49. Véase FAUVINET-RANSON 2000, pp. 472-473.

5. SALVIANUS MASSILIENSIS, *De gubernatione Dei*, VI, 2, 10.

6. CHASTAGNOL 1966, pp. 24-56.

7. *Anonymus Valesianus*, 60. Véase FAUVINET-RANSON 2000, pp. 466-467.

8. *Anonymus Valesianus*, 71. Véase FAUVINET-RANSON 2000, p. 474.

9. Al respecto, véase GREGORI 1989, p. 84.

10. REA 1996, p. 26.

11. *Anthologia latina*, 3, 7-8: «ut ludos currusque simul variumque ferarum / certamen iunctim Roma teneret ovans». Véase FAUVINET-RANSON 2000, pp. 470-471. Acerca de este personaje, véase MARTINDALE 1980, pp. 173-174, a la voz *Fl. Turcius Rufius Apronianus Asterius* 11.

12. CASSIODORUS, *Chronica*, s. a. 519: «muneribus amphitheatralibus diversi generis feras, quas praesens aetas pro novitate miraretur, exhibuit. Cuius spectaculis voluptates etiam exquisitas Africa sub devotione transmisit». Véase FAUVINET-RANSON 2000, pp. 446-447 y 471. Acerca de este personaje, véase MARTINDALE 1980, p. 438, a la voz *Fl. Eutharicus Ciliga*.

13. Acerca de los espectáculos en la correspondencia de Casiodoro, véase FAUVINET-RANSON 2000, pp. 350-527. Un posible ejemplo de espectáculo con un oso (una *damnatio ad bestias*), celebrado en los tiempos del rey Totila (541-552), puede leerse en el artículo de Claudio Azzara recogido en este mismo volumen (pp. 118-124).

14. MARTINDALE 1980, pp. 748-749, a la voz *Fl. Maximus* 20.

15. CASSIODORUS, *Variarum*, v, 42. Véase FAUVINET-RANSON 2000, pp. 435-448 y 466. Esta carta es un documento precioso para conocer el modo en que se desarrollaban las *venationes* durante la Antigüedad Tardía, y como tal la retomaremos más adelante, a fin de profundizar un poco más en las técnicas empleadas por los *venatores* en el ejercicio de su profesión.

16. CAMERON 1973, pp. 229-230; HUGONOT 1996, vol. III, pp. 857-858. Acerca de la frecuencia de las *venationes* en la Italia ostrogótica, véase FAUVINET-RANSON 2000, pp. 470-471.

bajo el reinado del hérulo Odoacro⁶. Posteriormente, el monarca ostrogodo Teodorico I siguió costeando estas exhibiciones («exhibens ludos circensium et amphitheatrum»)⁷, tal y como correspondía a su rol de sucesor de los soberanos romanos. Al igual que ellos, Teodorico I proporcionaba diversiones al pueblo y restauraba los edificios donde tenían lugar estas exhibiciones. Según el *Anonymus Valesianus*, incluso llegó a construir un anfiteatro en la antigua Pavia (Ticinum): «item Ticini palatium, thermas, amphitheatrum et alios muros civitatis fecit»⁸. Sin embargo, resulta extraño que Teodorico I se dispusiera a edificar – con el tremendo gasto que ello suponía – una obra destinada a albergar un espectáculo ya en decadencia. Lo más probable es que únicamente restaurara un anfiteatro existente con anterioridad o que erigiera uno provisional⁹. El mismo Coliseo presentaba ya en esta época algunos sectores destruidos¹⁰.

Durante estos años, se documentan algunas *venationes* relacionadas con la *editio consularis*. Asterio, cónsul en el 494, ofreció una cacería de la cual guardamos un recuerdo en un poema de la *Anthologia latina*¹¹. Eutarico, yerno de Teodorico I y cónsul en el 519, presentó en el anfiteatro, también durante su *editio consularis*, diversos géneros de fieras que sus contemporáneos desconocían. Pudo realizar esto gracias al envío de animales exóticos desde África, puesto que la monarquía vándala era aliada de la ostrogoda (Amalafrida, esposa del rey vándalo Trasamundo, era hermana de Teodorico I)¹².

El último testimonio de *venationes* presentadas en Italia es de este mismo momento, y nos lo proporciona Casiodoro en una de sus *Variae* – la única mención a este espectáculo en la correspondencia de Casiodoro –¹³. Se trata de una carta (de finales del año 522) dirigida a Máximo¹⁴, quien a inicios del año siguiente asumía el consulado¹⁵. El futuro cónsul había pedido permiso a Teodorico I para ofrecer una cacería durante las fiestas que acompañaban a la toma de posesión de la magistratura. La carta que conservamos es la respuesta del monarca ostrogodo a esa petición. El rey accedió a esta demanda, aunque – y aquí se deja traslucir la mano de Casiodoro – dejaba bien claro el disgusto que le producían tal tipo de exhibiciones, a las que llegaba a calificar como «actus detestabilis, certamen infelix cum feris», por lo que recomendaba a Máximo que empleara la mayor indulgencia posible durante sus espectáculos y que fuera generoso a la hora de recompensar a los cazadores. De la carta también se deduce que – como en Constantinopla – tan sólo eran los cónsules quienes ofrecían estos juegos durante su *editio*, aunque en Italia parece que tal hecho era algo irregular, habida cuenta de la autorización que Máximo pide al soberano ostrogodo¹⁶. En ese caso, cuando el *Anonymus Valesianus* nos dice que Teodorico I presentó cacerías al pueblo, hay que entender que lo hizo tal vez como una magnificencia extraordinaria.

Evidentemente, este último testimonio no tiene por qué corresponder a la última cacería celebrada en Italia, pues pudieron exhibirse algunas otras con posteridad. Pero seguramente no debieron de ser muchas más. Algunos años más tarde estallaba la guerra con Bizancio, conflicto que llevó la devastación y la ruina a las ciudades de la Península Ausonia. En consecuencia ya no quedaron recursos para sufragar estos juegos ni posiblemente ningún otro. En una tierra sumida en el caos, es posible que los ánimos de la población tampoco estuvieran para muchas diversiones.

África es un caso totalmente aparte por lo que respecta a la organización

de grandes *venationes*. Allí, la proximidad de las zonas donde vivían las especies más espectaculares mostradas en la arena permitía montar, todavía en época tardía, cacerías tan esplendorosas como las que se habían producido antaño. La llegada de los vándalos tan sólo supuso un pequeño contratiempo que no tardó en ser superado. Éstos, al decir de Procopio, en seguida se amoldaron a las costumbres del pueblo conquistado, sobre todo en cuanto a comodidades se refiere, tales como termas, banquetes o espectáculos¹⁷. Los juegos que gozaron de mayor aceptación fueron las *venationes*, más ricas y grandiosas, por el motivo ya dicho, en África que en otras partes del Imperio¹⁸.

En este punto, hemos de tener en cuenta el papel que la aristocracia municipal jugó en el mantenimiento de los espectáculos durante la época vándala, en especial los *flamines perpetui* y los *sacerdotes provinciae*. Ambas categorías de sacerdotes estaban al servicio del culto imperial, el cual, desde la época de Constantino I, había quedado completamente secularizado y reducido a una serie de homenajes en honor del emperador y al ofrecimiento de espectáculos teatrales y de anfiteatro – en un principio combates de gladiadores; posteriormente, cuando éstos desaparecieron, *venationes* – organizados por estos mismos sacerdotes. Bajo el reinado vándalo todavía se constata la existencia de *flamines perpetui*, lo cual significa que éstos – exentos ya por completo de cualquier tipo de deber religioso – tan sólo tenían la obligación de costear y presidir los juegos ofrecidos en honor de los monarcas germanos, *ludi* que consistirían en exhibiciones escénicas y cacerías de animales salvajes¹⁹. Una plaqueta rectangular realizada en marfil (siglos V-VI), similar a los dípticos consulares, muestra una *venatio* en la que cazadores y osos se enfrentan en una escena que ocupa toda la superficie de la hoja. Como ha señalado Christophe Hugoniot, se trata seguramente de un recuerdo ofrecido por un magistrado romano o por un notable provincial en ocasión de su *editio*²⁰.

En época de Hunerico (477-484), se documentan algunos casos de *damnationes ad bestias*, un agravamiento de la pena de muerte mediante el cual el condenado era víctima de los animales salvajes en el anfiteatro. Las ejecuciones tuvieron lugar en un contexto de conflictos dinásticos, por lo que nada tuvieron que ver con persecuciones religiosas. En efecto, Hunerico, a fin de asegurar la sucesión a su hijo, comenzó a hostigar y a eliminar a sus dos hermanos (Teuderico y Gento), a sus descendientes y a sus partidarios. Entre estos últimos se hallaba Jucundo – un obispo arriano partidario de Teuderico, a quien el rey hizo quemar vivo – y numerosos presbíteros y diáconos, también arrianos, a quienes arrojó a las fieras²¹. Christophe Hugoniot sitúa esta *damnatio ad bestias* en el anfiteatro de Cartago, lo que prueba, según este autor, que este edificio continuaba en funcionamiento²².

Lujurio – senador y poeta que escribió bajo el reinado de Hilderico (523-530) y de Gelimero (530-534) – nos ha legado abundantes epigramas que tienen a las cacerías del anfiteatro como protagonista. Sus versos han dejado constancia de una pintura que representaba a un *venator*²³; de Olimpio, un célebre cazador de origen egipcio – de quien, además, Lujurio escribió el epitafio –²⁴; de un anfiteatro cercano al mar – seguramente situado en una villa privada – donde las fieras salvajes aguardaban a ser batidas²⁵; y de cacerías fingidas en las que tomaban parte leopardos mansos y perros²⁶. Tras Lujurio, no volvemos a tener más testimonios de cacerías en África.

17. PROCOPIUS, *De bello Vandalico*, II, 6, 7. A este respecto, véase: COURTOIS 1955, p. 228; HUGONIOT 1996, vol. III, pp. 841-844.

18. GIL 1998, p. 72.

19. DE ROSSI 1878, pp. 25-36 (quien opina que los títulos de *flamen* o *sacerdotalis* estaban desprovistos en época vándala de toda obligación sacerdotal o del deber de ofrecer juegos); CHASTAGNOL-DUVAL 1974; HUGONIOT 1996, vol. III, pp. 855-857 (quien considera que probablemente los *flamines* financiaban espectáculos bajo los reyes vándalos).

20. Este objeto fue hallado en Dougga en 1913, y actualmente se conserva en el museo del Bardo. Véase HUGONIOT 1996, vol. V, pp. 28-29 y lámina XXXIX. Por otro lado, en el museo del Louvre se conserva el conocido como “díptico del *sacerdos coronatus*”, también de factura tardía, y en el que puede apreciarse una cacería de osos presidida por un individuo que lleva una corona sacerdotal. Véase HUGONIOT 1996, vol. V, p. 229 y lámina XI.

21. VICTOR VITENSIS, *Historia persecutionis*, II, 5, 16. Véase GIL 1998, p. 76.

22. HUGONIOT 1996, vol. III, pp. 845-846; HUGONIOT 2000, p. 222.

23. LUXURIUS, *Carmina*, 334-335: «de venatore picto in manibus oculis habente». Véase ROSENBLUM 1961, pp. 141 y 215-216.

24. LUXURIUS, *Carmina*, 353: «de Olympio venatore Aegyptio»; 354: «in epitaphion supra scripti Olympii». Véase: ROSENBLUM 1961, pp. 151-153 y 230-233; GIL 1998, pp. 69-70; HUGONIOT 1996, vol. III, p. 845; HUGONIOT 2000, p. 222.

25. LUXURIUS, *Carmina*, 346: «de amphitheatro in villa vicina mari fabricato». Véase: ROSENBLUM 1961, pp. 147 y 223-224; HUGONIOT 1996, vol. III, pp. 844-845; GIL 1998, pp. 68-69.

26. LUXURIUS, *Carmina*, 360: «de pardis mansuetis, qui cum canibus venationem faciebant». Véase ROSENBLUM 1961, pp. 155-157 y 236-237.

Seguramente, la devastadora guerra sostenida en esas tierras con los bizantinos generó la crisis que asestó el golpe de gracia a la existencia de las *venationes*, al igual que ocurrió en Italia.

En Hispania, los testimonios referidos a cacerías que conservamos de los siglos V y VI son ciertamente escasos. En los códigos legislativos tan sólo hallamos una alusión bastante dudosa en una *antiqua* del código de Ervigio, del año 681: «qui alienum animal aut quemcumque quadrupedem, quid ad istadium fortasse servatur, invito domino vel nesciente castraverit, vel bovem, aut que non castrantur secaverit, domino in duplum cogatur exolvere, cui propter invidiam hoc videtur intulisse dispendium»²⁷. El objetivo de esta ley era castigar la castración de un animal ajeno, delito que se veía agravado precisamente porque el valor de esos animales residía en su entereza. Pero la ley no nos dice nada más. En sí, únicamente menciona los animales destinados a los espectáculos («qui ad istadium fortasse servatur»), pero sin especificar si se trata de caballos de carreras o de fieras salvajes para las cacerías. Para Karl Zeumer, se trataría de toros reservados a los *ludi venatorii*²⁸. Sin embargo, tampoco debemos descartar la posibilidad de una alusión a los caballos de carreras, en cuyo caso la palabra animal estaría siendo utilizada genéricamente y ocuparía el lugar de *equus*²⁹. La ley, por consiguiente, haría referencia a dos tipos de animales destinados *ad istadium*: animales (es decir, caballos) y boves, para los *circenses* y las *venationes* respectivamente. En ambos casos, resulta completamente evidente que su castración los incapacitaría para una exhibición satisfactoria en los espectáculos públicos.

También hallamos una problemática alusión a *venationes* en el último canon de las actas iliberritanas que nos han llegado a través del Epítome hispano – disposición que no se halla recogida en la *Colección canónica hispana*. El texto de este mandato prohíbe de forma escueta que las mujeres asistan a las cacerías («feminae ad venationem non vadant») ³⁰. La problemática que acompaña a las actas de Elvira vuelve aquí a hacerse bien patente. ¿En qué momento fue redactado este canon? La recensión del Epítome hispano fue efectuada a finales del siglo VI o inicios del VII, y su anónimo autor se sirvió del *Liber Egabrensis* (actual Cabra, en la provincia de Córdoba) para realizar su resumen de las actas iliberritanas. Todo esto podría sugerir que en la Bética las *venationes* se mantuvieron hasta época visigótica, dado que el autor del epítome se molestó en incluir el presente canon en su compilación. Sin embargo, nada hay seguro al respecto.

No hallamos nuevas alusiones a cacerías en las fuentes hispanas aparte de las ya citadas. La carta de Sisebuto dirigida al obispo Eusebio de Tarragona y donde se han querido ver unos inexistentes *ludi faunorum* debemos rechazarla por completo³¹. En su amonestación al obispo por su desmedida afición a los espectáculos, el rey le dice: «obiectum hoc, quod de ludis teatriis Faunorum scilicet ministerio sis ademptus, nulli videtur incertum»; es decir, «esta objeción os hago: a nadie le resulta incierto que, en lo que se refiere a los juegos teatrales, habéis conseguido el ministerio de los faunos». En consecuencia, la mención de cadáveres hediondos que se realiza más adelante («quis non videat, quod etiam videre peniteat, beatis viris cadavera te anteferre fetentia et homines divinis cultibus assidue deditos tua exprobrare sententia reproba?») hay que leerla en sentido figurado y no como una referen-

27. *Leges Visigothorum*, VIII, 4, 4. Véase: D'ORS 1960, p. 167; McCORMICK 1986, p. 301, nota 22; GARCÍA MORENO 2001, p. 14. Respecto a la fecha de esta ley, se trata de una de las *antiquae* conservadas en las *Leges Visigothorum*, en este caso atribuida al código de Eurico (*Codex Euricianus*), corpus legislativo que data, probablemente, del año 476. Véase D'ORS 1960, p. 167.

28. Véase el comentario de Karl Zeumer en *Leges Visigothorum*, p. 332, nota 3.

29. D'ORS 1960, p. 167, nota 502.

30. *Concilium Eliberritanum*, 69.

31. SISEBUTUS, *Epistulae*, 6. Algunos ejemplos de esta interpretación errónea son: FLÓREZ 1751, p. 326; ARCE 1986², p. 93; TED'A 1990, p. 203; AQUILUÉ 1991, p. 71; GIL 1998, p. 74.

cia a espectáculos cruentos. En realidad, esta carta nos sirve como una fuente preciosa para fechar la última alusión a juegos teatrales en Hispania³².

Por lo que se refiere a la Gallia, los testimonios de los que disponemos son también muy escasos, aunque presentan menos ambigüedad que los de Hispania. Salviano de Marsella nos habla acerca de las cacerías que se celebraban en su tiempo, pese a que no especifica en qué ciudades de la Gallia se exhibían. De lo que sí deja constancia es de que todavía en su tiempo constituían un espectáculo en el que corría abundantemente la sangre:

ubi summum deliciarum genus est mori homines aut, quod est morte gravius acerbisque, lacerari, expleri ferarum alvos humanis carnibus, comedi homines cum circumstantium laetitia conspicientium voluptate, hoc est non minus paene hominum aspectibus quam bestiarum dentibus devorari³³.

Puede objetarse que esta descripción es un mero tópico, o bien que Salviano está haciendo alusión a *venationes* que tenían lugar fuera de la Gallia. Sin embargo, Cesáreo, obispo de Arlés, alude claramente a ellas durante la primera mitad del siglo VI. La referencia más clara la hallamos en un sermón en el que señala a aquéllos que acuden al teatro o a las peligrosas cacerías para olvidar sus preocupaciones:

noveritis nos tristes esse vel anxios, et ideo venite, dissimulemus nos, aut ad circum aut ad theatrum euntes, aut ad tabulam ludentes, aut in aliquibus nos venationibus exercentes. Isti tales ideo a foris mundi consolationem quaerunt, quia illam quae a deo intus in anima datur, accipere non merentur. Quando enim de multis calumniis vel rapinis ac de illis infelicibus spectaculis et periculosis venationibus revertuntur ad conscientias suas, quia ibi per illam exercitationem maiorem addiderunt potius quam tulerint, habitare in se vel requiescere omnino non possunt, sed peccatorum litibus vertuntur³⁴.

En otras homilías, el obispo de Arlés habla de «spectacula vel furiosa vel cruenta vel turpia»; es decir, «espectáculos furibundos (circo), crueles (anfiteatro) e indecentes (teatro)»³⁵. Se trata de la tríada clásica de espectáculos, junto con los apelativos que les había dedicado Tertuliano a finales del siglo II y que desde entonces se habían convertido en un tópico. Cesáreo también recuerda que los espectáculos hacia los que se precipitaban los jóvenes no sólo eran lujuriosos sino también crueles («non solum luxuriosa sed etiam crudelia»)»³⁶. Dado que en esta época tan tardía ya habían desaparecido los *munera gladiatoria*, los únicos espectáculos que podían contemplarse en un anfiteatro, como los que menciona Cesáreo, eran los *ludi venatorii*.

En resumen, en Occidente no hallamos referencias seguras a cacerías más allá de la primera mitad del siglo VI. Esta decadencia contrasta vivamente con la pujanza que en esos mismos momentos se estaba viviendo en el Imperio de Bizancio. Desde finales del siglo V, las facciones circenses habían absorbido al resto de los profesionales de los espectáculos, de modo que también se habían hecho cargo de todo lo concerniente a las cacerías del anfiteatro. Procopio de Cesarea nos recuerda que Acacio – padre de la futura emperatriz Teodora – era el cuidador de los animales por la facción de los verdes en la ciudad de Constantinopla³⁷. Este cargo dependía del jefe de danza de la facción, quien lo concedía a la persona más idónea o, en ocasiones, al mejor postor.

El éxito de las *venationes* en la Constantinopla de la primera mitad del siglo VI se refleja claramente en una ley de Justiniano I, promulgada en el 534,

32. Al respecto véase JIMÉNEZ SÁNCHEZ 2003.

33. SALVIANUS MASSILIENSIS, *De gubernatione Dei*, VI, 2, 10.

34. CAESARIUS ARELATENSIS, *Sermones*, 61, 3.

35. CAESARIUS ARELATENSIS, *Sermones*, 89, 5; 134, 1; 150, 3. Véase LEBECQ 1990, pp. 82-83.

36. CAESARIUS ARELATENSIS, *Sermones*, 134, 1. Véase HUGONOT 1996, vol. III, pp. 863-864.

37. PROCOPIUS, *Anecdota*, 9, 2-7. Acerca de las relaciones de las facciones con el anfiteatro, véase CAMERON 1976, pp. 194-195.

1. Díptico de Areobindo de Zurich, detalle en VISMARA 1990, p. 56, fig. 31.

1a. Díptico de Areobindo de Zurich, en REA 2001, p. 236, fig. 7.

2. Díptico de Areobindo de Leningrado, en VISMARA 1990, p. 57, fig. 32.

3. Díptico de Areobindo de París, en VISMARA 1990, p. 58, fig. 33.

4. Díptico de Anastasio de París, en VISMARA 1990, p. 59, fig. 35.

5. Díptico de Anastasio de Berlín, en VISMARA 1990, p. 59, fig. 34.



y dirigida a Epifanio, obispo de esta ciudad. En esta ley, Justiniano I se quejaba de que los clérigos no se privasen de asistir a todo tipo de espectáculos, por lo que prohibió terminantemente a todo religioso semejante comportamiento en el futuro. Entre las manifestaciones lúdicas mencionadas en el texto, se recuerdan explícitamente las cacerías de animales salvajes realizadas en el teatro (posiblemente aquí hemos de entender más bien el anfiteatro)³⁸.

Las *venationes*, como hemos visto con el cónsul Máximo en Italia, eran algo obligado durante la celebración de las fiestas que acompañaban a la toma de posesión del consulado. Seguramente, en Italia ya habría desaparecido en gran parte esa costumbre, dado que Máximo tuvo que pedir autorización a Teodorico I para poder ofrecer una. Sin embargo, en Oriente no sucedía lo mismo. En el año 521, el futuro emperador Justiniano I presentó al pueblo de Constantinopla, durante las fiestas que formaron parte de su *editio consularis*, veinte leones y treinta leopardos. La magnificencia de estas diversiones fue recordada durante mucho tiempo, y el mismo conde Marcelino las encontró dignas de registrarlas en su crónica³⁹. La obligación de ofrecer *venationes* durante la *editio consularis* se halla recogida en una ley del propio Justiniano I promulgada en el año 536. Esta *novella* especifica los espectáculos que el cónsul debía ofrecer en siete ocasiones durante su magistratura. Las cacerías son mencionadas en tercer y cuarto lugar: en el tercero, una *venatio* designada bajo su forma griega (*theatrokynegia*); en el cuarto, una variedad de cacería llamada *monhemerium*⁴⁰.

Los dipticos consulares que conservamos de esa época nos confirman la importancia que las *venationes* tenían en ocasión de la *editio consularis*. Éstos eran objetos de lujo, fabricados en marfil con una decoración en bajo-relieve en la que podía verse – en la parte superior – al cónsul en la tribuna del *editor*, y – en la inferior – los juegos ofrecidos por él. En nuestro caso, son de particular interés los celeberrimos dipticos de Areobindo⁴¹, cónsul en el 506 (figs. 1-3), y el de Anastasio⁴², cónsul en el 517 – además de homónimo y pariente del emperador que paradójicamente había prohibido las

38. *Codex Iustinianus*, I, 4, 34, 1.

39. MARCELLINUS COMES, *Chronicon*, s. a. 521. Véase: THÉODORIDÈS 1958, p. 75; GUILLAND 1966, p. 291; LIM 1997, pp. 173-174.

40. *Novellae*, CV, 1. Véase: JENNISON 1937, p. 180; THÉODORIDÈS 1958, p. 75; GUILLAND 1966, p. 291; MESLIN 1970, p. 67.

41. MARTINDALE 1980, pp. 143-144, a la voz *Fl. Areobindus Dagalaiphus Areobindus* 1.

42. MARTINDALE 1980, pp. 82-83, a la voz *Fl. Anastasius Paulus Probus Sabinianus Pompeius Anastasius* 17.



2



3



4



5

cacerías algunos años antes – (figs. 4-5)⁴³. En estos dípticos han sido retratados hombres y fieras en sorprendentes juegos de habilidad y destreza. La importancia a nivel iconográfico de estos objetos es muy grande, por lo que nos detendremos nuevamente en ellos más adelante, cuando examinemos el modo en que se desarrollaban las *venationes* durante la Antigüedad Tardía.

Sin embargo, la crisis también alcanzó a las cacerías en Constantinopla. Según el *Chronicon* de Joshua el Estilita, en el año 499, el emperador Anastasio I publicó un edicto por el que prohibía los combates con fieras salvajes en todas las ciudades del Imperio oriental⁴⁴. Tal acción fue alabada por sus panegiristas como una muestra de la humanidad de este soberano⁴⁵. Pero las *venationes* no desaparecieron del todo, dado que pocos años después, en el 506, volvemos a encontrarlas durante la *editio consularis* de Areobindo. Es posible – tal y como ya apuntó André Chastagnol en su día – que lo único que prohibiese Anastasio I fuera el sacrificio del animal, con lo que estas exhibiciones pasarían a convertirse en meros ejercicios de habilidad y acrobacias⁴⁶. En consecuencia, Anastasio I no habría llevado a cabo esta interdicción por un mero sentimiento humanitario. Esta medida parece encuadrarse, en realidad, dentro del conjunto de disposiciones de carácter económico llevadas a cabo por este emperador, con lo que su fin sería simplemente el de ahorrar al Estado el coste que suponía el sacrificio de fieras salvajes⁴⁷.

De ahí que no podamos inferir de estas actitudes políticas, con fines seguramente económicos, una conclusión tan optimista como la que realiza Venetia Cottas: «elle [Constantinopla] put abolir les jeux sanguinaires, les combats de bêtes fauves, les éborgements de gladiateurs»⁴⁸. Este intento de ofrecer una imagen de Bizancio desprovista de espectáculos cruentos no se corresponde con la realidad. Si en la Constantinopla cristiana no podían contemplarse combates de gladiadores es porque éstos ya habían desaparecido en toda la parte oriental del Imperio desde por lo menos mediados del siglo IV. En cuanto a las *venationes*, como hemos podido ver, sí que se celebraron durante un cierto tiempo y además con una considerable esplendor. Eso sí, tan sólo tenemos constancia de las cacerías ofrecidas por el cónsul durante su *editio consularis*. De aquí cabe colegir que únicamente eran

43. JENNISON 1937, pp. 179-180; THÉODORIDÈS 1958, p. 78; CHASTAGNOL 1966, pp. 57-63; VISMARA 1990, pp. 55-59; HUGONOT 1996, vol. v, pp. 28-32.

44. JOSHUA STYLITA, *Chronicon*, 34. Esta medida también aparece citada por THEODORUS LECTOR, *Historia ecclesiastica*, II, 53; THEOPHANES, *Chronographia*, AM 5993.

45. PRISCIANUS GRAMMATICUS, *De laude Anastasii imperatoris*, 223-228; PROCOPIUS GAZAEUS, *Panegyricus imperatoris Anastasii*, 15. Véase: CHAUVOT 1966, pp. 164 y 261, nota 404; GUILLAND 1966, p. 290; CAMERON 1973, p. 228; CAMERON 1976, p. 226.

46. CHASTAGNOL 1966, p. 62. En este sentido, véase también THÉODORIDÈS 1958, p. 74. Si esta hipótesis es correcta hay que reconocer que la medida de Anastasio I duró muy poco, dado que en el díptico de Areobindo que acabamos de mencionar aparecen matanzas de animales (como tendremos oportunidad de ver más adelante).

47. CHAUVOT 1966, p. 168; LIM 1997, pp. 164-166; BOMGARDNER 2000, p. 219.

48. COTTAS 1931, p. 5.

los cónsules los encargados de organizarlas, por lo que, consecuentemente, los habitantes de esta ciudad solamente podían contemplarlas durante dos días al año⁴⁹. Ciertamente, son muy pocos días.

Aunque las *venationes* no hubieran desaparecido, tampoco eran uno de los espectáculos más célebres de Bizancio, lo que explica la admiración de algún cronista ante unos juegos que, como los del futuro Justiniano I, se salían de lo común. Según David L. Bomgardner, la desaparición del consulado ordinario (la magistratura que sustentaba estos espectáculos) condujo también a la desaparición de las cacerías en las capitales imperiales⁵⁰. En Occidente, no hallamos nuevas referencias a cónsules más allá del año 534, bajo el reinado de Amalasunta. En Oriente, el último cónsul ordinario ejerció su cargo en el año 541. A partir de ese momento, el consulado únicamente fue asumido por el soberano y tan sólo una vez, durante el primer año de su reinado. Finalmente, también este consulado imperial fue abolido por el emperador León VI el Sabio, o el Filósofo (886-912)⁵¹. Sin embargo, J. Théodoridès demuestra – basándose para ello en testimonios escritos (especialmente el relato del viajero Benjamín de Tudela) e iconográficos – que las *venationes* perduraron en Constantinopla hasta finales del siglo XII, y señala además el interesante dato de que era el emperador quien las ofrecía el día de la Natividad de Cristo, jornada en la que curiosamente estaba prohibido exhibir juegos desde el año 405⁵².

Por lo que respecta al anfiteatro de Bizancio, llamado en esta ciudad *Kynegion*, éste había dejado de ejercer su función primitiva ya en el siglo VIII, para convertirse en un tétrico lugar de ejecución⁵³. Cyril Mango nos ofrece una viva descripción del destino de este edificio:

Dès le VIII^e siècle, l'amphithéâtre romain, grande ruine abandonnée, ornée de statues mystérieuses et sinistres, devient place d'exécution. On y décapite les criminels, puis on traîne leurs corps par la grande rue pour les jeter dans une fosse commune⁵⁴.

Sin embargo, y como acabamos de decir, todavía podían contemplarse *venationes* en Constantinopla durante este tiempo. Un epigrama atribuido al emperador León VI el Sabio menciona las cacerías de fieras que provocaban el regocijo de la muchedumbre⁵⁵. Tal vez se trate en este caso de un mero ejercicio de erudición literaria. Pero tanto aquí, como en el resto de ejemplos proporcionados por J. Théodoridès, puede afirmarse que el escenario de estos juegos no sería el anfiteatro – ya en desuso – sino con toda probabilidad el hipódromo.

Llegados a este punto nos preguntamos acerca de qué es lo que motivó la desaparición de los *ludi venatorii*. En primer lugar, tenemos que mencionar las causas económicas. La *venatio* era un espectáculo muy caro y cada vez resultaba más oneroso organizar una de estas exhibiciones⁵⁶. Por un lado había que contar con los *venatores*, cuyo precio era elevado y que se incrementaba aún más en caso de que murieran durante la cacería. En efecto, a fin de abaratar costes, el *editor* alquilaba los profesionales de la arena al lanista – en lugar de comprarlos –, pero debía pagar con posterioridad, como si los hubiera comprado, aquéllos que resultaran muertos o bien quedaran incapacitados para posteriores combates⁵⁷. Por otro lado, hay que considerar el gasto que generaba la captura de los animales, además de su transporte y del mantenimiento necesario hasta su exhibición. Las expediciones para realizar la caza eran costosas, ya que, además, la captura indis-

49. CAMERON 1973, p. 229.

50. BOMGARDNER 2000, p. 219.

51. STEIN 1949, pp. 334 y 461-462; JONES 1964, vol. II, p. 533; GIBBON 1983, p. 78.

52. THÉODORIDÈS 1958, pp. 74-77 y 79-80. Véase GUILLAND 1966, p. 291.

53. GUILLAND 1966, pp. 291-292.

54. MANGO 1985, p. 57. Véase también JANIN 1964², pp. 196-197.

55. *Anthologia Palatina*, IX, 581.

56. BOMGARDNER 2000, pp. 211-217.

57. GAIUS, *Institutiones*, III, 146. En este texto, Gayo (jurista de mediados del siglo II) habla de la venta y alquiler de gladiadores, pero es muy posible que su sentido pueda aplicarse a la totalidad de los arenarios, dado que el lanista comerciaba con todos ellos, no sólo con gladiadores. Véase VILLE 1981, p. 274.

criminada provocó que cada vez fuera más difícil encontrar los animales adecuados para estos certámenes y que las caravanas tuvieran que alejarse cada vez más para dar con su presa. A esto hay que sumar la destrucción de su hábitat natural a fin de ganar nuevas tierras para la agricultura. Así, durante la segunda mitad del siglo IV, ya era imposible localizar hipopótamos en Egipto⁵⁸. Tras la captura y el transporte, había que hacer frente a los inevitables impuestos. En concreto había que pagar el *portorium*, que consistía en la cuadragésima parte del valor del producto (2,5 por ciento)⁵⁹. Tampoco era infrecuente que algunos animales murieran durante el viaje o incluso después de llegar a su destino, minados tal vez por el hambre y la fatiga. Así, los osos que esperaba Símaco para la *editio quaestoria* de su hijo Memio (393) perecieron en su mayoría antes de llegar a Roma, y los pocos supervivientes arribaron en condiciones pésimas, al igual que sucedió con los leones⁶⁰. En ocasiones, podía acontecer lo peor: que naufragara la nave que transportaba los animales hasta su destino, revés que también tuvo que sufrir Símaco⁶¹. No es de extrañar, por tanto, que ante una grave crisis económica como la que evocábamos al comienzo de este estudio los municipios que se hallaban en una situación pecuniaria más precaria prescindieran en primer lugar de los dispendios que generaban los *ludi*.

Esta renuncia a los espectáculos también afectó a las propias estructuras que los acogían. Los anfiteatros precisaban de reparaciones periódicas, aunque no tantas como otras infraestructuras que podían sufrir un desgaste mayor (como por ejemplo las termas). No obstante, la última gran época de las restauraciones fue el siglo IV (en el V se documentan considerablemente menos). Ahora bien, ¿cómo podía permitirse un municipio arruinado el mantenimiento de un anfiteatro cuando ni siquiera podía permitirse el lujo de sufragar los juegos que tenían lugar en su interior? Lógicamente, cuando de nuevo hizo falta llevar a cabo algunas restauraciones, se prescindió de tales reformas – pues no había dinero suficiente para llevarlas a cabo – y los edificios fueron cayendo progresivamente en la ruina.

Algunos anfiteatros subsistieron hasta el siglo VI, pero otros fueron abandonados en una fecha tan temprana como es finales del siglo III. Un buen ejemplo de ello es el de Carmona, el cual (a principios del IV) ya se había amortizado como necrópolis. Los monumentos que habían caído en desuso fueron utilizados como cantera, especialmente los que se encontraban cerca de los recintos amurallados de las ciudades bajoimperiales, dado que suponían un peligro potencial (podían ser utilizados como fortalezas por futuros asediadores). Sus paramentos sirvieron entonces para fortalecer las propias murallas urbanas, con lo que de paso el anfiteatro quedaba más desprotegido y se volvía menos peligroso. Así, el de Conimbriga fue desmantelado a finales del siglo III-inicios del IV y sus materiales se reaprovecharon para construir las murallas de la ciudad. En Italia, durante el reinado de Teodorico I, se procedió a desmontar el anfiteatro de Catania (507-511), abandonado a causa de las malas condiciones en que se hallaba; los habitantes de esta ciudad realizaron una petición al rey para reaprovechar los materiales de este edificio en obras públicas, autorización que les concedió el monarca ostrogodo⁶². Los monumentos que se hallaban en la campiña, lejos de cualquier núcleo habitado, tampoco escaparon a esta devastación, ya que en muchas ocasiones también fueron utilizados como cantera. A veces, el anfiteatro podía llegar a albergar un edificio religioso, puesto que ésta era una buena

58. AMMIANUS MARCELLINUS, *Res gestae*, XXII, 15, 24.

59. QUINTILIANUS, *Declamationes*, 359; SYMMACHUS, *Epistulae*, V, 65. Véase RIVOLTA 1992, pp. 176-177.

60. SYMMACHUS, *Epistulae*, II, 46, 3; 76, 2.

61. SYMMACHUS, *Epistulae*, IX, 117. Al respecto de las *venationes* organizadas por Símaco, remitimos al estudio realizado por Enric Beltran Rizo publicado en este mismo volumen (pp. 55-75). Asimismo, recomendamos el artículo de Chris Epplert, también en este mismo número (pp. 76-92), relativo a los *vivaria*, el lugar donde los animales capturados eran guardados hasta su exhibición en el anfiteatro.

62. CASSIODORUS, *Variarum*, III, 49.

6. El anfiteatro de Arlés convertido en fortaleza en GOLVIN-LANDES 1990, p. 128.

7. El anfiteatro de Nîmes convertido en fortaleza, en GOLVIN-LANDES 1990, p. 129.



6

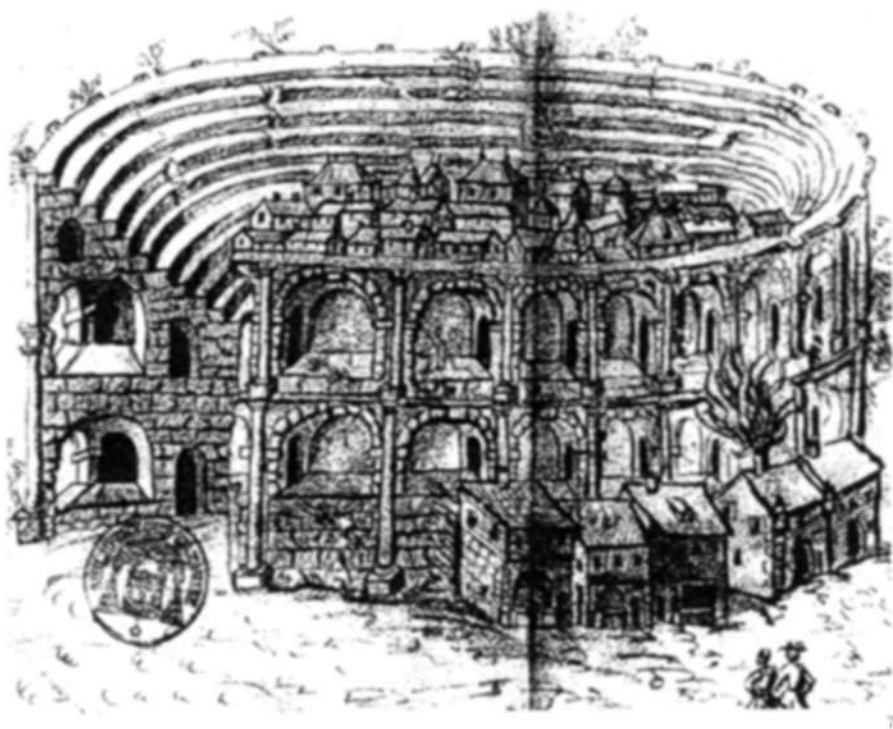
manera de santificar al mártir en el mismo lugar donde había sido martirizado. Un ejemplo de este uso lo tenemos en el anfiteatro de Tarragona, activo hasta principios del siglo v. Posteriormente – durante la primera mitad de esa centuria – la arena fue amortizada, y ya en época visigótica (a finales del siglo vi) se construyó en ella una basílica martirial en honor de Fructuoso aprovechando los materiales del edificio. En ocasiones, estos monumentos podían servir como fortalezas (figs. 6-7). Pese a todo, su uso más común fue el de acoger lugares de habitación. En este sentido podemos recordar el de Segóbriga, el cual no fue reconstruido tras sufrir una grave destrucción a finales del siglo iii, sino que se edificaron viviendas en su interior⁶³.

Para finalizar este repaso de las causas del declive y fin de los *ludi venatorii*, haremos mención del factor psicológico. En este punto, cualquiera podría suponer que un espectáculo resulta más atractivo para el público al ofrecerse muy esporádicamente, ya que la gente tenderá a esperarlo con expectación y lo contemplará con mayor deleite. Sin embargo, ocurre todo lo contrario. La exhibición ocasional tan sólo provoca que la gente vaya perdiendo paulatinamente su interés en tal representación. Georges Ville añade la progresiva pérdida de la técnica (en el caso por él comentado, de la gladiatoria, aunque también podríamos aplicarlo a nuestro estudio) que hace que el espectáculo resulte cada vez más pobre⁶⁴. Además, en el caso de una exhibición cruenta, la sensibilidad ante la sangre se incrementa por la falta de costumbre, lo que provoca que cada vez sea mayor el rechazo de la gente por este género de diversiones: si alguien se habitúa a la sangre soporta su visión con facilidad. En el caso contrario, la vista de la violencia produce horror⁶⁵. No se trata, como han querido ver algunos, de una sensibilización o toma de conciencia por la acción del cristianismo. En su día Georges Ville, y posteriormente Paul Veyne, hablaron – refiriéndose a la gladiatoria – de la influencia de la moral cristiana y del nacimiento, gracias a ella, del senti-

63. Respecto al destino de los anfiteatros, véase: LEBECQ 1990, pp. 82-83; PINON 1990; SÁNCHEZ-LAFUENTE 1995; REA 1996, pp. 28-67; BOMGARDNER 2000, pp. 221-223.

64. VILLE 1960, pp. 334-335.

65. Como ejemplo, recordaremos la introducción de los combates de gladiadores en Siria por parte de Antioco Epifanes (175 a.C.), los cuales al principio causaron horror a la gente no acostumbrada a verlos. Véase TITUS LIVIUS, *Ab urbe condita*, xli, 20, 11.



miento de conmiseración⁶⁶. Éste se expresaba en el mandamiento «no matarás», desconocido para los paganos. Como indicaba Lactancio, contemplar impasible una muerte era tan pecaminoso como cometerla uno mismo⁶⁷. Por tanto, y teóricamente, el concepto del espectador no-cómplice desaparecería por completo, lo que a su vez conduciría – según Paul Veyne – a que el público se sintiera culpable al mirar en su interior y descubrir un alma sanguinaria. Esta teoría, nacida, como decimos, para explicar la supresión de los *munera* por la influencia del cristianismo, debería poder aplicarse en realidad a todo espectáculo cruento, aunque solamente fuera por un mero sentimiento de empatía hacia el sufrimiento ajeno, ya sea humano o animal. Pero, sin embargo, no es así. Los espectáculos en los que podía contemplarse derramamiento de sangre continuaron existiendo. Tras la desaparición – no supresión – de los combates de gladiadores, las cacerías sobrevivieron todavía al menos durante un siglo. Luego sus huellas se borran de la historia. Los problemas económicos para presentar una *venatio* monumental hicieron que tales representaciones se dieran muy de tarde en tarde. Pero también es posible que, simultáneamente, la misma falta de costumbre en la contemplación de un espectáculo en el que en ocasiones morían animales y – más de lo que habitualmente se supone – hombres produjera que los *ludi venatorii* tuvieran cada vez menos éxito. Es probable que, cuando raramente se exhibían, el público fuera paulatinamente menos numeroso, hastiado tal vez por la contemplación de la violencia y aburrido además por un espectáculo repetitivo y pobre técnicamente hablando. Los espectáculos sangrientos que pudieron contemplarse en épocas posteriores se realizaron generalmente a una escala mucho menor y no supusieron el mismo impacto emocional que las clásicas *venationes* romanas.

66. VILLE 1979 (igual, salvo las páginas finales, a VILLE 1981, pp. 457-472); VEYNE 1999, pp. 903-906.

67. LACTANTIUS, *Divinae institutiones*, VI, 20, 26.

Hacia nuevas formas de diversiones

Y sin embargo, las *venationes* no llegaron a morir del todo. Partiendo del principio de que nada se crea ni desaparece, sino que solamente se transforma, debemos suponer que las tradicionales formas de cacerías romanas evolucionaron paulatinamente hacia nuevas formas de diversiones. En efecto, podemos pensar que el acta de defunción de este género de espectáculo radicó en la desaparición del término *ludi venatorii* de las fuentes escritas. Los juegos con animales continuaron, pero bajo otros nombres. Para comprender en todo su significado tal transformación, debemos comenzar por ver en qué consistían exactamente estas manifestaciones lúdicas.

En primer lugar, y en su origen, se trató únicamente de exhibir bestias exóticas, desconocidas por completo para el pueblo romano. Posteriormente, cuando una mayor afluencia de estos animales había convertido su visión en algo habitual y para nada extraordinario, se pasó a su sacrificio. Fueron cazados por profesionales de la arena o bien fueron enfrentados entre ellos. Simultáneamente, las fieras pasaron a ser en algunos casos de víctimas a verdugos, desde el momento en que se arrojaron a la arena a ciertas categorías de condenados a muerte – como desertores o prisioneros de guerra –, como una forma más de agravamiento de la pena capital. Finalmente, debemos considerar la exhibición de animales adiestrados y que harían las delicias del público con la demostración de sus habilidades.

Como vemos, la participación de animales en las *venationes* sobrepasaba ampliamente el marco de las meras cacerías a las que nos tiene acostumbrado el imaginario romano. Además, debemos subrayar el importante hecho de que todas estas categorías no se circunscriben exclusivamente al mundo romano, puesto que están relacionadas con la misma naturaleza del ser humano, y, por tanto, podemos hallarlas en culturas y épocas diferentes. Así, la mera exhibición de bestias exóticas está motivada por la curiosidad humana, por el deseo de conocer aquello que normalmente está fuera de nuestro alcance y que de otro modo jamás llegaríamos a conocer. Actualmente disponemos de amplios medios de comunicación, y estamos más que acostumbrados a ver todo tipo de animales en la televisión o en el cine. Además, contamos también con numerosos parques zoológicos donde los animales son reclusos – o preservados, depende de la posición del observador – y expuestos a las miradas de todos los visitantes (ya sea por el mero anhelo de ver personalmente lo que sólo se conoce por televisión o por un verdadero interés científico). Este afán de conocimiento ha existido siempre⁶⁸.

El siguiente paso – el del sacrificio del animal – acontece cuando el estado se siente lo suficientemente poderoso como para poder permitirse el derroche de eliminar bestias exóticas (y, por tanto, caras). En el espectador, este sacrificio tiene un efecto claramente psicológico. En la gradería del anfiteatro, rodeado por una multitud de conciudadanos, el espectador goza contemplando esta inmolación y sintiéndose parte de un imperio lo bastante fuerte como para destruir un objeto de lujo. En otras palabras, si lo hace es porque se lo puede permitir, y se lo puede permitir porque controla militarmente los territorios de donde proceden dichos animales. Cuanta mayor sea la variedad en los animales y mayor sea el número de fieras matadas, mayor será el sentimiento de pertenencia a un imperio omnipo-

68. Así, en Roma, las panteras y los leones se pudieron ver en el circo desde el 186 a.C. Los elefantes se exhibieron a partir del 169 a.C. Véase TITUS LIVIUS, *Ab urbe condita*, XXXIX, 22, 1-2; XLIV, 18, 8.

tente y de cohesión entre todos los miembros de esa comunidad. Como podemos ver, esto tampoco es exclusivo del mundo romano⁶⁹.

El enfrentamiento entre animales de diferente tipo está originado por una mera curiosidad sádica, por saber qué tipo de especie es superior a cualquier otra. Lo realmente excitante, por consiguiente, era afrontar diferentes géneros de animales, de igual forma que en la gladiatura se oponían armaduras de diverso tipo. En este sentido, recordamos algunos epigramas de Marcial, donde se relata la lucha de un toro contra un elefante o de un león contra un tigre⁷⁰. Sin embargo, esto no es un requisito *sine qua non*, pues tales combates faunísticos han existido siempre, alimentados por el sadismo de los espectadores y – no lo olvidemos, pues en este caso es lo más importante – por las suculentas apuestas que se generan a su alrededor. De ese modo se explica que aún hoy pervivan las peleas de gallos o las de perros.

La ejecución de condenados en la arena devorados por las fieras (*damnatio ad bestias*) tiene una sencilla finalidad ejemplarizante. Al tratarse de una acción pública se la suponía moralizante y estaba destinada a mostrar cuál era el castigo reservado a los crímenes considerados más graves, a fin de evitar de ese modo que tal delito se repitiera posteriormente (lo que, como sabemos, es algo que se ha revelado como absolutamente ineficaz). Tal consideración de las ejecuciones públicas lamentablemente ha llegado hasta nuestros días⁷¹.

Finalmente, la exhibición de animales adiestrados tiene su origen en la autoafirmación del ser humano como dueño indiscutible de la naturaleza y como dominador de todas sus criaturas, hasta el extremo de obligarlas a comportarse de una forma totalmente contraria a su condición, especialmente cuando éstas realizan actividades propias de un ser humano. Así, Marcial nos describe maravillado en más de una ocasión al león que corría en el anfiteatro tras una liebre y que, tras atraparla, la retenía mansamente entre sus fauces para dejarla escapar a continuación, o al elefante que realizaba actividades propias de una persona⁷².

Hay otro aspecto que debemos tener en consideración: las *venationes* romanas evolucionaron con el paso de los años, por lo que lógicamente no debemos contemplarlas como un fenómeno unitario a lo largo de toda la existencia del Imperio. Las cacerías que documentamos durante la Antigüedad Tardía son considerablemente diferentes de las que hallamos en épocas anteriores. Durante el último siglo del Imperio de Occidente vemos popularizarse los denominados por André Chastagnol y otros autores como *ludi molles*; es decir, espectáculos teóricamente incruentos, consistentes en la demostración de acrobacias y juegos de habilidad con los animales⁷³. Estas demostraciones acrobáticas ya pudieron contemplarse en el 282-283 durante los juegos ofrecidos por Caro. Según la *Historia Augusta*, entre los espectáculos presentados por este emperador se hallaba la demostración de habilidad de un individuo que esquivaba a un oso escalando rápidamente un muro vertical («exhibuit et toechobaten, qui per parietem, urso eluso, cucurrit»); además, los súbditos de Caro también se deleitaron con unos osos que interpretaron una pieza mímica como si fueran humanos («et ursos mimum agentes»)⁷⁴. Con todo, debemos poner en este punto una sombra de duda, puesto que es posible que nos hallemos aquí frente a uno de los múltiples anacronismos a los que la *Historia Augusta* nos tiene acostumbrados⁷⁵. Por su parte, Claudiano nos describe con detalle los *ludi molles* que se exhibie-

69. En Roma, la primera cacería de un elefante se produjo durante los juegos que Claudio Pulcher ofreció en el 99 a.C. La primera de un león tuvo lugar en el 95 a.C., en los juegos de Quinto Escévola. Véase PLINIUS, *Naturalis historia*, VIII, 19 y 53. Véase VILLE 1981, pp. 88-89.

70. MARTIALIS, *Liber spectaculorum*, 9 (un rinoceronte contra un toro); 18 (un tigre contra un león); 19 (un toro contra un elefante); 22 (un rinoceronte contra un oso); MARTIALIS, *Epigrammaton*, XIV, 53 (un rinoceronte contra un toro).

71. En Roma, una de las primeras noticias que tenemos de tal tipo de punición se remonta al año 146 a.C., durante los juegos que Escipión Africano el Menor ofreció tras la destrucción de Cartago, y en los que arrojó a las fieras a los extranjeros que habían desertado del ejército romano. Véase VALERIUS MAXIMUS, *Facta et dicta memorabilia*, II, 7, 13. Acerca de la *damnatio ad bestias*, véase VISMARA 1990, pp. 25-26 y 44-52.

72. MARTIALIS, *Liber spectaculorum*, 17; MARTIALIS, *Epigrammaton*, I, 6; 14; 22; 44; 48; 51; 60; 104. Véase DELORT 1984, pp. 282-284.

73. CHASTAGNOI 1972-1974, pp. 78-80. Por su parte, REA 1996, pp. 27-28; VISMARA 1987, pp. 144-152; VISMARA 1999, p. 78, los denominan, más correctamente en nuestra opinión, «giochi pericolosi».

74. *Historia Augusta*, *Carus*, 19, 2. Véase: TOYNBEE 1973, p. 96; PASCHOUD 2001, pp. 400-403.

75. Ésta es la opinión de CHASTAGNOI 1972-1974, p. 76, para quien estos *ludi* son «une invention fantaisiste du biographe».

8. Díptico anónimo conservado en el museo del Louvre, en GOLVIN-LANDES 1990, p. 220.



8

ron en ocasión de las fiestas que inauguraron el consulado de Manlio Teodoro (399)⁷⁶. Esta descripción y la carta de Casiodoro mencionada al principio de este estudio han llevado a André Chastagnol a considerar que las *venationes* se habían convertido en época tardía en un espectáculo incruento («jeux édulcorés»), por lo que los animales, en lugar de ser cazados, solamente eran mostrados al público para formar parte de ejercicios de destreza y simulacros de cacerías. Según el mencionado autor, esta evolución habría acontecido a finales del siglo IV, como fruto de la política procrisiana de Estilicón, quien – sin llegar a prohibir los juegos cruentos – recomendaría a los magistrados ofrecer los *ludi molles*, recomendación que seguirían de buen grado los cónsules cristianos, como Teodoro⁷⁷.

Venationes incruentas... hasta cierto punto, dado que debemos matizar bastante esta afirmación. En principio, y en teoría, esto simplemente querría decir que los animales no eran sacrificados como ocurría antiguamente. ¿Pero qué ocurría con los protagonistas humanos? Un animal que ha salido con vida de la arena es un animal que ha adquirido una experiencia y que, por consiguiente, resulta mucho más peligroso cuando aparece nuevamente en el espectáculo que una fiera que lo hace por primera vez. La bestia ha visto las técnicas de los *venatores* y ha aprendido; ya no será tan fácil engañarla una segunda vez. Además, aunque resulte absurdo recordarlo, la fiera de turno no es consciente de que está participando en una parodia de cacería o en un ejercicio de acrobacias y de habilidad, por lo que, lógicamente, si de forma casual consigue atrapar a uno de sus burladores, dará buena cuenta de él. En este punto, es muy importante la información que nos proporcionan los

76. CLAUDIANUS, *Panegyricus*, 311-332. Para CHASTAGNOL 1972-1974, pp. 77-80, estos versos de Claudiano serían la fuente principal de inspiración para el pasaje mencionado de la *Historia Augusta*.

77. CHASTAGNOL 1966, pp. 60-62; CHASTAGNOL 1970, pp. 460-461; CHASTAGNOL 1972-1974, pp. 78-80. En realidad, la *venatio* descrita por Claudiano (*Panegyricus*, 291-310) no es un espectáculo incruento. Por otro lado, los *ludi molles* narrados por este poeta son ejercicios acrobáticos en los que no participan animales, por lo que creemos que no se debe calificar la *venatio* tardoantigua con la célebre expresión de Claudiano. Véase también MERTEN 1986-1989, pp. 165-178.

dípticos consulares. En el de Areobindo conservado en Zurich (fig. 1) puede verse a un oso que muerde en la pantorrilla a un cazador que huye, y a otro oso que muerde – o está a punto de hacerlo – a otro cazador que salta sobre su cabeza; en el de Anastasio de París (fig. 4) está representado un leopardo que tiene atrapado de un mordisco a uno de los hombres, quien a su vez agita con la mano derecha un largo bastón de cuyo extremo pende un trapo (si no se trata de un látigo con varios flagelos)⁷⁸. La misma epístola de Casiodoro nos deja constancia del destino que a veces sufrían estos profesionales de la arena cuando no eran lo suficientemente rápidos o habilidosos⁷⁹, y Salviano de Marsella, tal vez exagerando para conseguir un efecto más dramático, afirma que el mayor de todos los placeres que hallaban sus contemporáneos era ver morir a hombres devorados por las fieras, aunque tal vez esté aludiendo a la *damnatio ad bestias*⁸⁰.

Por otro lado, debemos dejar claro que los animales tampoco resultaban siempre indemnes en estos espectáculos tardíos. Un díptico fabricado en la parte oriental del Imperio hacia el 450 (hoy en el museo del Ermitage, Leningrado) muestra en la totalidad de sus dos hojas la matanza de dieciséis felinos por parte de ocho cazadores⁸¹. En el díptico de un cónsul anónimo (conservado en el museo de Bourges) puede observarse a dos cazadores que matan leones y leopardos⁸². En otro díptico anónimo (conservado en el museo de Liverpool) tres personajes presiden una *venatio* en la que se enfrentan cuatro ciervos y cazadores que salen por las *portae posticiae*⁸³. Igualmente, en un díptico anónimo (en el museo del Louvre), un hombre atraviesa con su lanza a un oso que se abalanza sobre él (fig. 8). En el díptico de Areobindo de Zurich están representados los clásicos *venatores* – con el brazo izquierdo y ese mismo pectoral protegidos por una *manica*, y cubiertos únicamente por un *subligaculum* y bandas protectoras en rodillas y tobillos (un tipo de indumentaria muy similar a la que llevaba el gladiador recario) – que atraviesan a unos leones a la altura del pecho con sus lanzas (fig. 1a)⁸⁴. Además, en el díptico de Areobindo de París (fig. 3) se puede ver a un individuo con el mismo atavío que los anteriores que levanta los brazos; ante él hay un oso tumbado con un palo en el pecho. Cinzia Vismara interpreta esta escena de forma errónea, en nuestra opinión, dado que supone que el individuo en cuestión está sujetando el palo con la axila, por lo que «colpisce l'orso che ha di fronte senza aiutarsi con le mani»⁸⁵. No creemos que esté sujetando un palo con la axila (difícilmente podría hacerlo con los brazos alzados). Lo más probable es que el asta sea una lanza clavada en el pecho de la fiera, quien ya ha caído malherida o muerta. El cazador levanta los brazos en un significativo gesto de júbilo y de victoria, de forma semejante a dos de los hombres del díptico del 450. Al igual que en el ejemplo anterior, también aquí nos encontramos, por tanto, frente a la imagen de una cacería auténtica. En el mismo díptico están representados dos combates entre animales de diferentes especies: un león que se abalanza sobre un toro y le muerde en el lomo, y un onagro que huye mientras lanza coces a un oso⁸⁶. Por tanto, los espectadores de época tardía todavía podían contemplar algunas de las formas de la *venatio* clásica, como era la caza de la fiera o el enfrentamiento entre animales⁸⁷.

Con todo, sí que parece ser cierto que tales reminiscencias de la *venatio* clásica se ofrecían menos frecuentemente que los ejercicios de acrobacias y de habilidad que copaban las arenas de la tardoantigüedad. En éstos, lo que

78. CAMERON 1973, p. 229.

79. CASSIODORUS, *Variarum*, v, 42, 2: «qui si feram non mereatur effugere, interdum nec sepulturam poterit invenire: adhuc superstitie homine perit corpus et antequam cadaver efficiatur, truculenter absumitur».

80. SALVIANUS MASSILIENSIS, *De gubernatione Dei*, vi, 2, 10.

81. TOYNBEE 1973, p. 63, fig. 17; HUGONOT 1996, vol. v, p. 32 y lámina XLI.

82. El tipo de técnica, muy tosca, parece indicar que nos hallamos frente a una fabricación provincial gala. Véase: CHASTAGNOL 1966, p. 59; HUGONOT 1996, vol. v, p. 31 y lámina XLIX.

83. THÉODORIDÈS 1958, p. 78; CHASTAGNOL 1966, p. 58; HUGONOT 1996, vol. v, p. 31 y lámina XL.

84. TOYNBEE 1973, p. 63. Para CHAUVOT 1966, p. 262, nota 404, se trata de «une représentation conforme au schéma ancien». En algunos contorniatos puede apreciarse una imagen muy similar: un cazador clavando su lanza a un oso en el vientre. Véase ALFÖLDI-ALFÖLDI 1976, vol. i, p. 212, n. 206; vol. ii, lámina 26, 1-6.

85. VISMARA 1990, p. 57.

86. TOYNBEE 1973, p. 150; VISMARA 1990, pp. 57-58. El acoso de unos perros a un toro ha sido retratado también en un tipo de contorniato. Véase ALFÖLDI-ALFÖLDI 1976, vol. i, p. 213, n. 213; vol. ii, lámina 174, 6.

87. FAUVINET-RANSON 2000, pp. 443-444.

más emocionaba al público era la potencial mutilación del cazador y lo que más admiración producía, por tanto, era su pericia a la hora de escapar de su irracional perseguidor. En consecuencia, el héroe del anfiteatro debía provocar, enfurecer y finalmente frustrar la embestida del animal. Con este objetivo se desarrolló una serie de modalidades de juegos y de mecanismos necesarios para poder llevarlas a cabo satisfactoriamente. El aspecto de la arena – según los dípticos – debía de ser bastante caótico durante estas representaciones, con varios juegos desarrollándose al mismo tiempo, con una gran cantidad y variedad de animales que perseguían a los humanos o se atacaban entre sí, individuos a caballo, un gran número de asistentes que se arrojaban discos unos a otros con el fin de desorientar a las fieras, otros que lanzaban muñecos de paja (*pilae*) ante las bestias que embestían, otros que llevaban en sus manos largos paños de colores u odoríferos (*mappae*) con los que citaban a las fieras que corrían tras el cazador, otros armados con un lazo (*laqueus*) y con látigos, otros que abrían y cerraban las puertas (*portae posticiae*)⁸⁸ que existían a lo largo del muro del podio⁸⁹. Pasemos a continuación a examinar cuáles eran las modalidades de juegos y los instrumentos usados en ellos según nos ha quedado constancia en la carta de Casiodoro y en los dípticos consulares.

El dispositivo más conocido es la *cochlea*. Su funcionamiento era muy similar al de una puerta giratoria. Se trata de un aparato muy antiguo, dado que, según Varrón, ya se utilizaba en su tiempo (siglo I a.C.) para burlar a los toros en el circo⁹⁰. Otra posible alusión a este dispositivo la encontramos en un poema de Calpurnio Sículo – autor de cronología incierta (ésta corre, según los investigadores, desde la época de Nerón hasta finales del siglo IV)⁹¹. Casiodoro también nos describe su uso, refiriéndose en esta ocasión a una de cuatro hojas e indicando que, tras burlar al animal, el cazador se ponía de rodillas para reposar y esperar nuevamente el ataque de la fiera:

alter angulis in quadrifaria mundi distributione compositis rotabili facilitate praesumens non discedendo fugit, non se longius faciendo discedit, sequitur insequentem, poplitibus se reddens proximum, ut ora vitet ursorum⁹².

Gracias a las representaciones figuradas que conservamos de la *cochlea*, sabemos que las había de cuatro, de tres y hasta de dos hojas. Existen reproducciones de ella en numerosos medallones contorniatos, donde se ha retratado al hombre y a la fiera separados únicamente por este aparato⁹³. Con todo, las mejores imágenes de *cochleae* se hallan en los dípticos de Areobindo de Zurich y de Leningrado (figs. 1-2) y en el de Anastasio de París (fig. 4). En el de Areobindo de Zurich, el burlador está subido en una barra horizontal colocada en la parte inferior de la “puerta giratoria” y se agarra a otra barra, colocada arriba y paralela a la inferior, mientras que hace girar la *cochlea* impulsándola con el pie. Por lo que se refleja en los dípticos, este mecanismo estaría fabricado a base de planchas de madera, lo que obligaría a renovarlo en cada exhibición (lo que tampoco resultaba excesivamente caro, habida cuenta del tipo de factura que requería)⁹⁴.

El *ericius* consistía en una especie de jaula oval fabricada con cañas en la que se escondía el burlador para esquivar las embestidas de la bestia. Casiodoro nos ha dejado también una detallada descripción de este aparato, y recuerda que esta técnica imitaba la forma de defenderse del erizo – de ahí su nombre –, el cual se dobla sobre sí mismo ofreciendo al atacante una bola

88. Las *portae posticiae* son mencionadas en la inscripción dedicatoria de las reformas efectuadas en el Coliseo por Rufo Cecina Félix Lampadio (CHASTAGNOL 1966, p. 6) y en una inscripción (*Epigrafia anfiteatrale* 1996, p. 89, nota 48) procedente de Velitre (Lacio), la cual nos informa de que el anfiteatro de esta ciudad fue restaurado en algún momento entre el 364 y el 375 por un noble local llamado Lolio Cirio, reparación que afectó principalmente a las susodichas puertas. Acerca de este dispositivo, véase REA 1996, pp. 112-113.

89. JENNISON 1937, p. 180; VISMARA 1990, pp. 55-59; REA 2001, p. 239.

90. VARRO, *Res rusticae*, III, 5, 3: «ostium habere humile et angustum et potissimum eius generis, quod cocliam appellant, ut solet esse in cavea, in qua tauri pugnare solent».

91. CALPURNIUS SICULUS, *Bucolicae*, VII, 48-53: «nec non, ubi finis harenae / proxima marmoreo peragit spectacula muro, / sternitur adiunctis ebur admirabile truncis / et coit in rotulum, tereti qui lubricus axe / impositos subita vertigine falleret ungues / excuteretque feras». Estos versos han servido a CHASTAGNOL 1972-1974, p. 82, para situar a Calpurnio Sículo a finales del siglo IV, dado que, según este investigador, la *cochlea* no se ve «en usage dans les amphithéâtres, lors de *venationes*, que depuis la seconde moitié du IV^e siècle». Pero entonces nos preguntamos, ¿y la cita de Varrón, en la que se está aludiendo explícitamente a la utilización de la *cochlea* en el circo con un toro?

92. CASSIODORUS, *Variarum*, V, 42, 7.

93. ALFÖLDI-ALFÖLDI 1976, vol. I, p. 212, nn. 207-209; vol. II, láminas 26, 10; 89, 7; 173, 12; 174, 1-2.

94. SAGLIO 1887a; CHASTAGNOL 1972-1974, p. 82; TOYNBEE 1973, p. 63 (quien interpreta estos dispositivos retratados en el díptico de Anastasio de París como «wooden boxes»); MERTEN 1986-1989, pp. 170-171; VISMARA 1987, pp. 145-146; VISMARA 1990, pp. 56 y 58-59; BOMGARDNER 2000, p. 218; FAUVINET-RANSON 2000, pp. 444-445; REA 2001, pp. 235-237.

repleta de púas. El *ericius*, a fin de compensar la fragilidad de las cañas, también estaría rodeado por un conjunto de agujijones:

alter se gestabili muro cannarum contra saevissimum animal, ericii exemplo, receptatus includit, qui subito in tergus suum refugiens intra se collectus absconditur et cum nusquam discesserit, eius corpusculum non videtur. Nam sicut ille veniente contrario revolutus in sphaeram naturalibus defensatur aculeis, sic iste consutuli crate praecinctus munitior redditur fragilitate cannarum⁹⁵.

En el díptico de Areobindo de París puede verse un dispositivo muy similar al descrito por Casiodoro, aunque desprovisto de puntas defensivas (fig. 3)⁹⁶.

El *contomonobolon* era una de las formas más simples de estos juegos, dado que se reducía a citar al animal y posteriormente, cuando embestía, a saltar sobre él con la ayuda de una pértiga (*contus*). Posiblemente aparece citado por Prudencio en un poema escrito aproximadamente en el año 400⁹⁷. Además, es uno de los cinco juegos reglamentados a fin de evitar los fraudes en las apuestas en una ley de Justiniano I (529)⁹⁸. También es mencionado en uno de los epigramas de la *Anthologia Palatina*⁹⁹. Sin embargo, y una vez más, la mejor descripción es la que nos ha dejado escrita Casiodoro:

primus fragili ligno confisus currit ad ora beluarum et illud, quod cupit evadere, magno inpetu videtur appetere. Pari in se cursu festinant et praedator et praeda nec aliter tutus esse potest, nisi huic, quem vitare cupit, occurrerit. Tunc in aere saltu corporis elevato quasi vestes levissimae supinata membra iaciuntur et quidam arcus corporeus supra beluam libratus, dum moras discedendi facit, sub ipso velocitas ferina discedit. Sic accidit, ut ille magis possit mitior videri, qui probatur illudi¹⁰⁰.

A nivel iconográfico, existen representaciones en algunos contorniatos¹⁰¹ y en los dípticos de Areobindo de Leningrado y en el de Anastasio de Berlín (figs. 2 y 5)¹⁰². Un precedente lo hallamos en una lucerna (175-225) proveniente de Italia central, donde aparece retratado un individuo en el mismo momento en que salta sobre un toro apoyándose en la pértiga (fig. 9)¹⁰³. Tal acrobacia recuerda enormemente a la modalidad del salto de la garrocha de la lidia de los siglos XVIII y XIX que tan magistralmente supo retratar Goya en sus grabados (fig. 10).

Los dípticos también nos permiten ver un dispositivo (del que desconocemos su nombre) consistente en un largo mástil del que cuelgan unos cestos troncocónicos. Como bien ha indicado Rossella Rea, este poste debía de tener una base autónoma sobre la que estaría sólidamente plantado, dado que su estabilidad era fundamental para el seguro desarrollo del juego. En su extremo superior habría una obertura a través de la cual pasaría la cuerda que sujetaba los cestos y a la que los burladores estarían fuertemente cogidos. Cada uno de ellos dependía del otro, pues al tirar posiblemente de una misma cuerda, un individuo era el contrapeso del otro, por lo que haría subir el cesto de su compañero mientras que descendería el suyo – lo que requería de una gran fuerza física y de una gran rapidez de reflejos –; al mismo tiempo, este movimiento vertical seguramente iría acompañado de otro de rotación con lo que se conseguiría un efecto de carrusel que desorientaría por completo al animal, generalmente un oso, según se ve en los dípticos. Si por ventura la fiera lograba hacer caer a uno de los hombres al desgarrar uno de los cestos, eso suponía también la caída del otro, puesto que ya no había nadie que le sirviera de contrapeso. En ese caso, por su bien, más valía que los asistentes estuvieran prontos al quite. Existe una



9. Lucerna con representación del contomonobolon, en BAILEY 1980, p. 61, fig. 65.



10. Estampa de Goya con la representación del salto de la garrocha, en Catálogo de las estampas 1996, p. 211, fig. 341.

95. CASSIODORUS, *Variarum*, v, 42, 8.

96. VISMARA 1987, p. 151; VISMARA 1990, p. 57; REA 1996, p. 28; FAUVINET-RANSON 2000, p. 445; REA 2001, p. 237.

97. PRUDENTIUS, *Amartigenia*, 369-370: «inde feras volucris temeraria corpora saltu / transsiliunt mortisque inter discrimina ludunt». En estos versos no se menciona el *contus* en relación con el salto. Es posible que nos hallemos aquí frente a una modalidad de acrobacia que vemos reflejada en algunos relieves, el salto sin pértiga o *monobolon*, como se observa en MARTIALIS, *Epigrammaton*, v, 31. Véase VISMARA 1987, pp. 147-148.

98. *Codex Iustinianus*, III, 43, 1, 4.

99. *Anthologia Palatina*, IX, 533.

100. CASSIODORUS, *Variarum*, v, 42, 6-7. Véase FAUVINET-RANSON 2000, p. 444.

101. ALFÖLDI-ALFÖLDI 1976, vol. I, p. 213, n. 211; vol. II, lámina 174, 3-4.

102. SAGLIO 1887b; TOYNBEE 1973, p. 98; MERTEN 1986-1989, pp. 174-175; VISMARA 1987, pp. 148-149; VISMARA 1990, pp. 56 y 58; BOMGARDNER 2000, p. 218; REA 2001, pp. 237-238.

103. BALIL 1966, pp. 367-368; BAILEY 1980, pp. 61, 367 y lámina 83.

representación de este juego en el díptico de Anastasio de Berlín (fig. 5). Una variedad del mismo ha sido retratada en el de Areobindo de Leningrado (fig. 2). En este caso, los cestos no están suspendidos de una cuerda, sino colocados sobre otros dos palos sujetos a la base del mástil central. Los ocupantes de las canastas se agarran al mástil con las manos mientras el oso, puesto en pie, intenta alcanzarlos. Como ha señalado Cinzia Vismara, es muy posible que en realidad hubiera más cestas, dispuestas en forma de corona en torno al madero central y que sólo se retrataran dos por razones estéticas¹⁰⁴.

Otro dispositivo del que desconocemos el nombre, representado en el díptico de Areobindo de Leningrado (fig. 2), consistía en dos astas paralelas dispuestas horizontalmente entre las que el burlador hacía giros y vueltas para esquivar a la fiera. No sabemos si estas dos barras se hallaban situadas una encima de la otra – tal y como parece deducirse de la imagen del díptico¹⁰⁵ – o bien estaban algo separadas, de forma similar a las barras paralelas asimétricas utilizadas en la moderna gimnasia artística. Es posible que, en tal caso, los ejercicios realizados fueran muy similares, con la sustancial diferencia que en época tardoantigua había un oso debajo. La peligrosidad del juego puede inferirse del índice de caídas que sufren los gimnastas modernos. Si ahora una caída puede ser peligrosa, en aquel tiempo podía resultar fatal. Por su parte, Rossella Rea relaciona este mecanismo con la expresión «*tenuem regulam*» citada por Casiodoro¹⁰⁶.

David L. Bomgardner, sin citar su fuente, menciona otro sistema de barras paralelas colocadas de forma ascendente como si fueran una escala y sobre las que ascendía el hombre perseguido normalmente por un oso. Una vez que había llegado a la parte superior saltaba a la arena y el pesado oso quedaba arriba, nuevamente burlado. Es posible que, en este caso, el citado autor esté haciendo referencia al aparato que acabamos de describir, por lo que, en consecuencia, disentimos de su interpretación (dos barras como las que se ven en el díptico no hacen una escala)¹⁰⁷.

En el díptico de Areobindo conservado en Zurich (fig. 1) podemos contemplar a un individuo que huye de un oso (éste lo tiene atrapado de un mordisco por la pantorrilla). El personaje en cuestión está retratado ante un muro sobre el que parece estar escalando – aunque si es éste el caso, aquí la representación deja un poco que desear –, por lo que podríamos poner en relación a este burlador con el *toechobates* mencionado por Claudiano¹⁰⁸. El término *toechobates* designa de forma literal al sujeto que camina sobre un muro, interpretación literal que han seguido algunos autores como Georges Lafaye y André Chastagnol¹⁰⁹. Sin embargo, como bien ha señalado François Paschoud, este tipo de ejercicio no tendría mayor mérito, dado que consistiría únicamente en un individuo que correría a lo largo de una tapia con un oso mirándole desde abajo. La escalada, en cambio, suponía un riesgo añadido: el burlador provocaría a la fiera para luego escapar ascendiendo hábilmente por una pared vertical; en el caso de caer, la fractura de un hueso roto sería la menor de sus preocupaciones¹¹⁰.

Casiodoro relata otros géneros de juegos que no aparecen retratados en los dípticos. En uno de ellos, los hombres debían escapar de los felinos y refugiarse tras unas puertas enrejadas colocadas en la arena. El problema es que, según se afirma en la epístola, únicamente existían tres de estas puertas, por lo que para alcanzarlas el burlador debía sortear a los animales y segura-

104. TOYNBEE 1973, p. 98; VISMARA 1987, pp. 150-151; VISMARA 1990, pp. 56-58; VISMARA 1999, p. 78; BOMGARDNER 2000, p. 218; REA 2001, p. 238.

105. Así lo interpreta VISMARA 1990, p. 56, quien describe el dispositivo como «*impalcatura con corrimano*».

106. CASSIODORUS, *Variarum*, v. 42, 7: «*ille in tenuem regulam ventre suspensus invitat exitiabilem feram et nisi periclitatus fuerit, nil unde vivere possit acquirat*». Véase REA 2001, pp. 238-239. Véase también: VISMARA 1987, pp. 149-150; VISMARA 1999, p. 78 (esta autora identifica tal especialidad con los *pontarii*); FAUVINET-RANSON 2000, p. 445.

107. BOMGARDNER 2000, p. 218.

108. VISMARA 1999, p. 78.

109. LAFAYE 1896, p. 1362; CHASTAGNOL 1972-1974, p. 78.

110. PASCHOUD 2001, pp. 401-403. Véase también: TOYNBEE 1973, pp. 96-97; MERTEN 1986-1989, pp. 169-170 y 176-178; VISMARA 1987, p. 150.

mente al resto de los participantes que corrían de forma desordenada en busca del mismo refugio:

alii tribus ut ita dixerim dispositis ostiolis paratam in se rabiem provocare praesumunt, in patenti area cancellosis se postibus occultentes, modo facies, modo terga mostrantes, ut mirum sit evadere quos ita respicis per leonum unguis dentesque volitare¹¹¹.

En otro de los juegos se recurría a una rueda giratoria a la cual el hombre era atado y expuesto a la fiera, pudiendo librarse de ésta probablemente mientras tenía fuerzas para hacer girar la rueda sin parar. Afortunadamente para él, cuando sus fuerzas fallaban, la rueda era alzada y puesta fuera del alcance del animal:

alter labenti rota feris offertur: eadem alter erigitur, ut periculis auferatur. Sic haec machina ad infidi mundi formata qualitatem istos spes refovet, illos timore discruciat: omnibus tamen vicissim, ut decipere possit, arridet¹¹².

Muchos de estos juegos de habilidad hunden sus raíces en los espectáculos del Alto Imperio e incluso de la República, como la *cochlea in cavea* mencionada por Varrón, la lucerna con el individuo que salta sobre el toro ayudado con una pértiga o bien los jinetes tesalios, introducidos en Roma en tiempos del emperador Claudio, que perseguían al toro hasta cansarlo, momento en el cual se lanzaban encima de él y lo derribaban¹¹³. Por lo que respecta a la fauna con la que se celebraban las *venationes* de la Antigüedad Tardía, los dípticos nos permiten ver que (salvo los felinos) en su mayoría se trataba de fauna local, en la que abundaban especialmente los osos y los toros. Théodoridès establece, a partir de la documentación de las fuentes escritas e iconográficas, una lista de los animales que participaban en las cacerías bizantinas. Este autor concluye su exposición del siguiente modo:

Ainsi, ce sont surtout les Ongulés et les Carnivores, les premiers servant souvent de proies aux seconds, qui étaient utilisés dans les jeux de l'Hippodrome et qu'hébergeaient les ménageries impériales¹¹⁴.

La arqueología también puede ayudarnos en esta cuestión. En las excavaciones efectuadas en los colectores hipogeos del eje menor del Coliseo (entre 1973 y 1977) apareció un gran número de restos óseos (alrededor de tres mil) en estratos datados entre la segunda mitad del siglo IV e inicios del VI – estrato III en el canal oeste – y segunda mitad del siglo III e inicios del V – estrato IB en el conducto este. Los restos correspondían a especies salvajes (leones, panteras, osos, ciervos, rapaces e incluso cisnes) y domésticas (en mayor número), respondiendo éstas a residuos de comida consumida por los espectadores (pollos, ocas, cerdos, bovinos y ovinos), bestias de tiro utilizadas en los subterráneos (caballos y asnos) y otros animales de compañía (como perros y gatos), algunos de los cuales – caso de los perros – podían ser usados en las cacerías¹¹⁵.

No queremos pasar por alto un cráneo de oso descubierto en 1879 en un colector del Coliseo situado cerca del lado oriental del arco de Constantino I. El cráneo, de grandes dimensiones, presentaba su único canino quebrado por la punta. De Sanctis, director del Museo zoológico, estudió los restos aparecidos en este colector y llegó a la conclusión de que tal rotura era debida a la acción de los domadores, quienes habrían echado abajo los dientes de la fiera golpeándola en la boca con una barra de hierro. Rossella Rea, a

111. CASSIODORUS, *Variarum*, v, 42, 9. Véase FAUVINET-RANSON 2000, pp. 445-447.

112. CASSIODORUS, *Variarum*, v, 42, 10. Véase: FAUVINET-RANSON 2000, p. 447; REA 2001, p. 239.

113. SUETONIUS, *Claudius*, 21, 7: «praeterea Thessalos equites, qui feros tauros per spatia circi agunt insiliuntque defessos et ad terram cornibus detrahunt». Véase VISMARA 1987, pp. 151-152.

114. THÉODORIDÈS 1958, pp. 80-82.

115. GHINI 1988; REA 2001, p. 241.

pesar de que no descarta que tal fractura se hubiera producido al intentar romper el oso los barrotes de su jaula, considera muy posible la hipótesis expuesta por De Sanctis:

i denti venivano spezzati prima del gioco per rendere la bestia meno pericolosa. È probabile che simile trattamento sia stato riservato, in età tarda, agli orsi partecipanti dei “giochi pericolosi”, come la coclea e gli altri sopra descritti, per i quali i soli artiglieri rappresentavano un’arma più che sufficiente¹¹⁶.

Si esto era realmente así, volvemos a preguntarnos ¿hasta qué punto podemos calificar estos juegos de incruentos? A partir de lo visto hasta ahora, resultará interesante comprobar en qué medida algunas formas de estos espectáculos se perpetuaron a lo largo de los siglos siguientes, perviviendo en ciertos casos hasta épocas modernas. Así, en el año 585 se ofrecía como diversión en la corte del rey franco Childeberto II, en Metz, el acoso de un animal por parte de una jauría de perros, juego que era seguido con grandes risas por parte de los espectadores:

stante infra Mettensis urbis palacium rege et ludum expectante, qualiter animal caterva canum circumdatum fatigabatur, Magnovaldus arcessitur. Quo veniente et nesciente quae actura erant, cum reliquis dissolutus riso, prospicere pecundem coepit¹¹⁷.

David L. Bomgardner recuerda este tipo de espectáculos cruentos y lo pone en relación con los circos ambulantes de la Edad Media (aunque no cita su fuente), en los que podía contemplarse el acoso del oso. Este autor considera que tales diversiones pudieron tener un origen directo en la *venationes* tardías y especula con la posibilidad de que «the corporal associations of performers in the amphitheatre gradually evolved into the bands of roving entertainers in the circus troupes»¹¹⁸.

Por lo que respecta a los animales exóticos, éstos siguieron exhibiéndose en Europa, ante la lógica admiración de quienes los contemplaron, desde inicios de la Edad Media hasta el siglo XIX. Ludwig Friedländer recuerda algunas de estas ocasiones en las que los europeos se deleitaron con bestias, raras para ellos, y que eran relativamente habituales en las arenas de los romanos. Así, Carlomagno (768-814) recibió como regalos de Harún al-Raschid un elefante y varios monos, y un oso de Numidia y un león de Mauritania por parte de un emir africano. Enrique I de Inglaterra (1100-1135) poseía leones, leopardos, linceos y camellos. Federico II (1220-1250), emperador del Sacro Imperio, también poseía animales salvajes en sus jardines de Palermo (en sus dominios sicilianos), tales como camellos, leones, tigres, leopardos e incluso una jirafa. A veces presentaba al pueblo, para su diversión, combates de fieras, que se enfrentaban entre ellas o con perros. En algunas ciudades se utilizaban leones para ejecutar a los condenados, al igual que se realizaba en la antigüedad romana¹¹⁹.

León el Africano nos relata las cacerías – *venationes* en toda regla – que tenían lugar en la corte de Sultán de Fez a principios del siglo XVI. El juego se celebraba en un gran patio del palacio, en el que se disponían unos cofres – cada uno provisto de un portillo – lo suficientemente grandes como para que un hombre cupiera en pie dentro de ellos. En total eran doce cazadores, provenientes exclusivamente del monte Zalag, armados con venablos provistos de una punta de hierro, de 1,35 metros de longitud. Cuando todos habían tomado ya posiciones, se soltaba un león en el patio. Un hombre le-

116. REA 2001, pp. 240 y 242.

117. GREGORIUS TURONENSIS, *Historiarum*, VIII, 36. Véase: LELONG 1963, p. 146; HUGONOT 1996, vol. III, p. 863.

118. BOMGARDNER 2000, p. 224.

119. FRIEDLÄNDER 1920⁹, pp. 78-80. Véanse otros ejemplos en DELORT 1984, p. 284.

vantaba el portillo de su cofre y el león se abalanzaba hacia él, pero, cuando estaba ya casi encima, el cazador cerraba de nuevo el portillo. Esto se repetía con el resto de los participantes hasta que la fiera se enfurecía. Entonces se hacía entrar un toro. El enfrentamiento entre los dos animales era tan inevitable como sangriento. Si el toro mataba al león, el juego terminaba ahí, pero si ocurría lo contrario, los hombres debían abandonar sus cofres para cazar al león. En el caso de que fueran demasiado superiores sobre la fiera, el sultán hacía disminuir su número. Cuando el felino comenzaba a dominar a los cazadores, el sultán y sus cortesanos lo abatían desde las tribunas en las que contemplaban el espectáculo. Normalmente, antes de morir, el león mataba a alguno de sus acosadores y hería al resto. La prima que el sultán daba a cada combatiente era de diez ducados y un vestido nuevo¹²⁰.

Por su parte, Ludwig Friedländer menciona los espectáculos sangrientos que tenían lugar en la “casa de las fieras” de Viena hasta fines del siglo XVIII o el enfrentamiento en Madrid (en 1850) de un tigre y un toro – apodado “Señorito” – del que salió vencedor el segundo¹²¹, y que nos recuerda enormemente a los combates entre animales narrados por Marcial o el que acabamos de citar relatado por León el Africano. Por otro lado, los ejercicios de habilidad que se practicaban en época tardoantigua, y en los que el hombre debía burlar al animal, nos traen a la mente el moderno rodeo americano y la función que desempeñan en él los payasos de rodeo, cuyo papel se reduce a engañar al toro mediante diversas técnicas y dar tiempo al jinete caído a incorporarse y retirarse de la zona de mayor peligro¹²².

Tampoco debemos olvidar las actuales corridas de toros, que en muchos sentidos recuerdan algunos aspectos de las cacerías romanas, como por ejemplo el paseíllo inicial hasta la tribuna del presidente – quien este caso cumple el rol del *editor* –, una lejana reminiscencia de la *pompa* que precedía al combate en el anfiteatro; la manera de citar al toro con el capote, similar a la que en ocasiones se ve en los dípticos, donde un individuo agita ante el animal un paño; o el papel de los subalternos de la cuadrilla, parecido al de los asistentes de la arena, siempre prestos a dar el quite. Además, debemos tener en cuenta el mantenimiento de algunos anfiteatros que en la actualidad funcionan todavía como plazas de toros. Así, los anfiteatros de Nîmes y de Arlés, que en su día fueron convertidos en fortalezas (figs. 6-7), hoy sirven para albergar la lidia taurina¹²³.

En algunos de los casos examinados, la influencia de las *venationes* romanas es incontestable. Así ocurre, por ejemplo, con la cacería narrada por León el Africano, en la que se enfrentaban un león y un toro, combate idéntico – sin ir más lejos – al retratado en el díptico de Areobindo de París (fig. 3). Sin embargo, no por ello debemos deducir que existe una influencia clara de las *venationes* clásicas sobre todas las diversiones con animales que se desarrollaron con posterioridad al Imperio Romano en las zonas de influencia de éste, pues juegos parecidos tuvieron lugar en sitios en los que Roma jamás tuvo ninguna influencia. Como hemos establecido anteriormente, muchas de las categorías propias de la cacería romana corresponden a las superestructuras del pensamiento del ser humano y por tanto no se circunscriben a una sola cultura sino que son inherentes a la propia naturaleza del hombre. Esto quiere decir que siempre hallaremos juegos con animales, tanto en épocas como en lugares diferentes.

120. JEAN-LÉON L'AFRICAIN, *Description de l'Afrique*, vol. I, pp. 244-245. Véase BOMGARDNER 2000, p. 224.

121. FRIEDLÄNDER 1920⁹, p. 88. Véanse otros ejemplos en DELORT 1984, p. 108.

122. BOMGARDNER 2000, p. 218.

123. BLÁZQUEZ 1962; DELORT 1984, pp. 109-110; BOMGARDNER 2000, pp. 225-226.

Fuentes

AMMIANUS MARCELLINUS, *Res gestae*
AMMIANUS MARCELLINUS, *Res gestae*
libri xxxi, editado por WOLFGANG
SEYFARTH, Leipzig 1978, 2 vols.
(Bibliotheca Scriptorum Graecorum et
Romanorum Teubneriana).
Anonymus Valesianus
Anonymus Valesianus, pars posterior,
editado por THEODOR MOMMSEN,
en *Monumenta Germaniae Historica.*
Auctores Antiquissimi, vol. IX, 1,
Berlín 1892, pp. 306-328.
Anthologia latina
Anthologia latina, editado por
ALEXANDER RIESE, vol. I, 1, Leipzig
1894 (Bibliotheca Scriptorum
Graecorum et Romanorum Teubneriana).
Anthologia Palatina
Anthologia Palatina, editado por
PIERRE WALTZ y GUY SOURY, en
Anthologie Grecque. Première partie.
Anthologie Palatine (livre IX.
épigr. 359-827), vol. VIII, Société
d'édition Les Belles Lettres, París 1974
(Collection des Universités de France).
CAESARIUS ARELATENSIS, *Sermones*
CAESARIUS ARELATENSIS, *Sermones*,
editado por GERMAN MORIN, en *Corpus*
Christianorum, series latina,
vols. CIII-CIV, Turnhout 1953.
CALPURNIUS SICULUS, *Bucolicae*
CALPURNIUS SICULUS, *Bucolicae*, editado
por JACQUELINE AMAT, en *Calpurnius*
Siculus, Bucoliques. Pseudo-Calpurnius,
Éloge de Pison, Société d'édition Les
Belles Lettres, París 1991 (Collection
des Universités de France), pp. 1-67.
CASSIODORUS, *Chronica*
CASSIODORUS, *Chronica*, editado por
THEODOR MOMMSEN, en *Monumenta*
Germaniae Historica. Auctores
Antiquissimi, vol. XI, 2, Berlín 1894,
pp. 120-161.
CASSIODORUS, *Variorum*
CASSIODORUS, *Variorum libri XII*,
editado por A.J. FRIDH, en *Corpus*
Christianorum, series latina, vol. XCVI,
Turnhout 1973, pp. 1-499.
CLAUDIANUS, *Panegyricus*
CLAUDIANUS, *Panegyricus dictus Mallio*
Theodoro consuli, editado por
JOHN BARRIE HALL, Leipzig 1985
(Bibliotheca Scriptorum Graecorum et
Romanorum Teubneriana), pp. 128-142.
Codex Iustinianus
Codex Iustinianus, editado por PAUL
KRÜGER, en *Corpus Iuris Civilis*, editado

por PAUL KRÜGER, THEODOR MOMMSEN,
RUDOLF SCHOELL y WILHELM KROLL,
vol. II, Weidmann, Berlín 1954¹¹.
Concilium Eliberritanum
Concilium Eliberritanum, editado por
G. MARTÍNEZ, en *El Epítome hispánico.*
Texto crítico, Universidad Pontificia,
Comillas 1962, pp. 399-403.
Epigrafia anfiteatrale 1996
Epigrafia anfiteatrale dell'Occidente
Romano, vol. IV: *Regio Italiae I:*
Latium, editado por MAURIZIO FORA,
Quasar, Roma.
GAIUS, *Institutiones*
GAIUS, *Institutiones*, editado por
PAUL KRÜGER y W. STUEDEMUND, en
Collectio librorum iuris anteiusiniani,
Berlín 1891.
GREGORIUS TURONENSIS, *Historiarum*
GREGORIUS TURONENSIS, *Historiarum*
libri X, editado por BRUNO KRUSCH y
WILHELM LEVISON, en *Monumenta*
Germaniae Historica. Scriptores rerum
Merovingicarum, Hannover 1937-1951¹²,
vol. I, 1.
Historia Augusta, Carus
Historia Augusta, Carus et Carinus et
Numerianus, editado por FRANÇOIS
PASCHOU, en *Histoire Auguste. Vies de*
Probus, Firmus, Saturnin, Proculus et
Bonose, Carus, Numérien et Carin,
Société d'édition Les Belles Lettres,
París 2001 (Collection des Universités de
France), vol. V, 2, pp. 304-322.
IOSHUA STYLITA, *Chronicon*
IOSHUA STYLITA, *Chronicon*, editado por
W. WRIGHT, en *The Chronicle of Joshua*
the Stylite, Cambridge 1882.
JEAN-LÉON L'AFRICAIN, *Description*
de l'Afrique
JEAN-LÉON L'AFRICAIN, *Description*
de l'Afrique, editado por A. ÉPAULARD,
Librairie d'Amérique et d'Orient Adrien
Maisonnette, París 1980, 2 vols.
LACTANTIUS, *Divinae institutiones*
LACTANTIUS, *Divinae institutiones*,
editado por S. BRANDT, en *Corpus*
Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum,
vol. XIX, 1, Viena 1890, pp. 1-672.
Leges Visigothorum
Leges Visigothorum, editado por
KARL ZEUMER, en *Monumenta*
Germaniae Historica. Legum, vol. I, 1,
Hahnsche Buchhandlung, Hannover-
Leipzig 1902, pp. 1-456.
LUXURIUS, *Carmina*
LUXURIUS, *Carmina*, editado por HEINZ
HAPP, vol. I, Stuttgart 1986, pp. 5-70

(esta edición sigue la misma numeración
que la de *Anthologia latina*).
MARCELLINUS COMES, *Chronicon*
MARCELLINUS COMES, *Chronicon*,
editado por THEODOR MOMMSEN, en
Monumenta Germaniae Historica.
Auctores Antiquissimi, vol. XI, 2, Berlín
1894, pp. 60-104.
MARTIALIS, *Epigrammaton*
MARTIALIS, *Epigrammaton libri*, editado
por J. BOROVSKIJ y W. HERAEUS, Leipzig
1976 (Bibliotheca Scriptorum
Graecorum et Romanorum Teubneriana),
pp. 11-343.
MARTIALIS, *Liber spectaculorum*
MARTIALIS, *Liber spectaculorum*, editado
por J. BOROVSKIJ y W. HERAEUS, Leipzig
1976 (Bibliotheca Scriptorum
Graecorum et Romanorum Teubneriana),
pp. 1-8.
Novellae
Novellae, editado por RUDOLF SCHOELL y
WILHELM KROLL, en *Corpus Iuris Civilis*,
editado por PAUL KRÜGER, THEODOR
MOMMSEN, RUDOLF SCHOELL y WILHELM
KROLL, vol. III, Weidmann, Berlín 1963⁸.
PLINIUS, *Naturalis historia*
PLINIUS, *Naturalis historia*, editado por
L. IAN y KARL MAYHOFF, Stuttgart,
1967-1970, 6 vols. (Bibliotheca
Scriptorum Graecorum et Romanorum
Teubneriana).
PRISCIANUS GRAMMATICUS, *De laude*
Anastasii imperatoris
PRISCIANUS GRAMMATICUS, *De laude*
Anastasii imperatoris, editado por ALAIN
CHAUVOT, en CHAUVOT 1966, pp. 56-68.
PROCOPIUS, *Anecdota*
PROCOPIUS, *Anecdota*, editado por JAKOB
HAURY, en *Opera omnia*, vol. III,
Leipzig 1963 (Bibliotheca Scriptorum
Graecorum et Romanorum Teubneriana).
PROCOPIUS, *De bello Vandalico*
PROCOPIUS, *De bello Vandalico*, editado
por JAKOB HAURY, en *Opera omnia*,
vol. I, Leipzig 1962 (Bibliotheca
Scriptorum Graecorum et Romanorum
Teubneriana), pp. 305-552.
PROCOPIUS GAZAEUS, *Panegyricus*
imperatoris Anastasii
PROCOPIUS GAZAEUS, *Panegyricus*
imperatoris Anastasii, editado por ALAIN
CHAUVOT, en CHAUVOT 1966, pp. 4-24.
PRUDENTIUS, *Amartigenia*
PRUDENTIUS, *Amartigenia*, editado por
M.P. CUNNINGHAM, en *Corpus*
Christianorum, series latina, vol. CXXVI,
Turnhout 1966, pp. 116-148.

QUINTILIANUS, *Declamationes*
QUINTILIANUS, *Declamationes*, editado por C. RITTER, Leipzig 1884 (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana).

SALVIANUS MASSILIENSIS, *De gubernatione Dei*

SALVIANUS MASSILIENSIS, *De gubernatione Dei*, editado por GEORGES LAGARRIGUE, en *Sources Chrétiennes*, vol. CCXX, París 1975, pp. 96-526, 2 vols.

SISEBUTUS, *Epistulae*

SISEBUTUS, *Epistulae*, editado por JUAN GIL, en *Miscellanea Wisigothica*, Sevilla 1972, pp. 3-27.

SUETONIUS, *Claudius*

SUETONIUS, *Divus Claudius*, editado por HENRI AILLOUD, en *Suétone. Vies des douze Césars*, Société d'édition Les Belles Lettres, París 1967⁴ (Collection des Universités de France), vol. II, pp. 110-149.

SYMMACHUS, *Epistulae*

SYMMACHUS, *Epistulae*, editado por OTTO SEECK, en *Monumenta Germaniae Historica. Auctores Antiquissimi*, vol. VI, I, Berlín 1883, pp. 1-278.

THEODORUS LECTOR, *Historia ecclesiastica*

THEODORUS LECTOR, *Historia ecclesiastica*, editado por HENRI DE VALOIS, en *Pratologiae cursus completus. Series Graeca*, vol. LXXXVI, París 1865, cols. 165-228.

THEOPHANES, *Chronographia*

THEOPHANES, *Chronographia*, editado por KARL DE BOOR, Leipzig 1883-1885, 2 vols.

TITUS LIVIUS, *Ab urbe condita*

TITUS LIVIUS, *Ab urbe condita*, editado por W. WEISSENBOHN, M. MÜLLER y W. HERAEUS, Stuttgart 1932-1938, 4 vols. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana).

VALERIUS MAXIMUS, *Facta et dicta memorabilia*

VALERIUS MAXIMUS, *Facta et dicta memorabilia*, editado por JOHN BRISCOE, Stuttgart-Leipzig 1998, 2 vols. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana).

VARRO, *Res rusticae*

VARRO, *Res rusticae*, editado por JACQUES HEURGON y CHARLES GUIRAUD, en *Varron. Économie rurale*, Société d'édition Les Belles Lettres, París 1978-1997, 3 vols. (Collection des Universités de France).

VICTOR VITENSIS, *Historia persecutionis*

VICTOR VITENSIS, *Historia persecutionis Africanae provinciae*, editado por SERGE LANCEL, en *Victor de Vita. Histoire de la persécution vandale en Afrique, suivie de la Passion des Sept Martyrs. Registre des provinces et des cités d'Afrique*, Société d'édition Les Belles Lettres, París 2002 (Collection des Universités de France), pp. 94-212.

Bibliografía

ALFÖLDI-ALFÖLDI 1976

ANDREAS ALFÖLDI y ELISABETH ALFÖLDI, *Die Kontorniat-Medaillons. Katalog*, Walter de Gruyter & CO, Berlín, 2 vols.

AQUILUÉ 1991

XAVIER AQUILUÉ y otros, *Tarraco. Guía arqueológica*, El Medol, Tarragona.

ARCE 1986²

JAVIER ARCE, *El último siglo de la España romana: 284-409*, Alianza Universidad, Madrid.

AZZARA 2003

CLAUDIO AZZARA, *L'orso di Cerbonio. Echi del circo romano nell'Italia ostrogota*, «Ludica», IX, pp. 118-124.

BAILEY 1980

D.M. BAILEY, *A catalogue of the lamps in British Museum*, The Trustees of British Museum, Cambridge, vol. II.

BALIL 1966

ALBERTO BALIL, *Su gli spettacoli di anfiteatro*, en *Mélanges d'Archéologie et d'Histoire offerts à André Piganiol*, editados por RAYMOND CHEVALLIER, École Pratique des Hautes Études. VI^e Section Centre de Recherches Historiques, París, vol. I, pp. 357-368.

BELTRAN RIZO 2003

ENRIC BELTRAN RIZO, *Gloria et favor populi: los ludi venatorii en las ediciones de Q. Fabio Memio Símaco*, «Ludica», IX, pp. 55-75.

BLÁZQUEZ 1962

JOSÉ MARÍA BLÁZQUEZ, *Venaciones y juegos de toros en la Antigüedad*, «Zephyrus», XIII, pp. 47-65.

BOMGARDNER 2000

DAVID L. BOMGARDNER, *The Story of the Roman Amphitheatre*, Routledge, Londres-Nueva York.

CAMERON 1973

ALAN CAMERON, *Porphyrius the charioteer*, Clarendon Press, Oxford.

CAMERON 1976

ALAN CAMERON, *Circus factions. Blues*

and Greens at Rome and Byzantium, Clarendon Press, Oxford.

Catálogo de las estampas 1996

Catálogo de las estampas de Goya en la Biblioteca Nacional, coordinado por Elena Santiago, Biblioteca Nacional-Sociedad Estatal Goya 96-Lunwergr Editores, Madrid.

CHASTAGNOL 1966

ANDRÉ CHASTAGNOL, *Le Sénat Romain sous le règne d'Odoacre. Recherches sur l'épigraphie du Colisée au V^e siècle*, Rudolf Habelt Verlag, Bonn.

CHASTAGNOL 1970

ANDRÉ CHASTAGNOL, *Le poète Claudien et l'Histoire Auguste*, «Historia», XIX, pp. 444-463.

CHASTAGNOL 1972-1974

ANDRÉ CHASTAGNOL, *Trois études sur la Vita Cari*, «Bonner Historia Augusta Colloquium», XII, pp. 75-90.

CHASTAGNOL-DUVAL 1974

ANDRÉ CHASTAGNOL y NOËL DUVAL, *Les survivances du culte impérial dans l'Afrique du Nord à l'époque vandale*, en *Mélanges d'Histoire ancienne offerts à William Seston*, E. de Boccard, París, pp. 87-118.

CHAUVOT 1966

ALAIN CHAUVOT, *Procopé de Gaza, Priscien de Césarée. Panegyriques de l'Empereur Anastase I^{er}*, Rudolf Habelt, Bonn.

COTTAS 1931

VÉNÉTIA COTTAS, *Le théâtre à Byzance*, Paul Geuthner, París.

COURTOIS 1955

CHRISTIAN COURTOIS, *Les Vandales et l'Afrique*, Gouvernement Général de l'Algérie, París.

D'ORS 1960

ALVARO D'ORS, *El código de Eurico. Edición, palinogenesia, índices*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Roma-Madrid.

DE ROSSI 1878

GIOVANNI BATTISTA DE ROSSI, *Nuove scoperte africane*, «Bullettino di Archeologia cristiana», serie III, año III, pp. 7-36.

DELORT 1984

ROBERT DELORT, *Les animaux ont une histoire*, Éditions du Seuil, París.

EPPLETT 2003

CHRIS EPPLETT, *The Preparation of Animals for Roman Spectacula. Vivaria and their Administration*, «Ludica», IX, pp. 76-92.

- FAUVINET-RANSON 2000
VALÉRIE FAUVINET-RANSON, *Les cités d'Italie dans le premier tiers du VI^e siècle. Patrimoine monumental romain et spectacles d'après les Variae de Cassiodore*, Université Paris X, Nanterre.
- FLÓREZ 1751
ENRIQUE FLÓREZ, *España sagrada*, Real Academia de la Historia, Madrid, vol. VII.
- FRIEDLÄNDER 1920⁹
LUDWIG FRIEDLÄNDER, *Darstellungen aus der Sittengeschichte Roms in der Zeit von Augustus bis zum Ausgang der Antonine*, Verlag von S. Hirzel, Leipzig, vol. II.
- GARCÍA MORENO 2001
LUIS A. GARCÍA MORENO, *El cristianismo y el final de los ludi en las Españas*, en *Ocio y espectáculo en la Antigüedad Tardía*, editado por LUIS A. GARCÍA MORENO y SEBASTIÁN RASCÓN, Universidad de Alcalá, Alcalá de Henares (Acta Antiqua Complutensia, vol. II), pp. 7-17.
- GHINI 1988
GIUSEPPINA GHINI, *Prime indagini archeologiche*, en *Anfiteatro Flavio. Immagine, testimonianze, spettacoli*, editado por ANNA MARIA REGGIANI, Quasar, Roma, pp. 101-105.
- GIBBON 1983
EDWARD GIBBON, *Histoire du déclin et de la chute de l'Empire Romain. Byzance de 455 à 1500*, Robert Laffont, París, vol. II (traducción de F. Guizot del original inglés *The History of the Decline and the Fall of the Roman Empire*, Londres 1776-1788, 6 vols.).
- GIL 1998
MARIA ELVIRA GIL, *Ocio, espectáculos públicos y propaganda política en el África tardoantigua*, «Polis», X, pp. 63-88.
- GOLVIN-LANDES 1990
JEAN-CLAUDE GOLVIN y CHRISTIAN LANDES, *Amphithéâtres et gladiateurs*, Centre National de la Recherche Scientifique, París.
- GREGORI 1989
GIAN LUCA GREGORI, *Epigrafia anfiteatrale dell'Occidente romano*, vol. II: *Regiones Italiae VI-XI*, Quasar, Roma.
- GUILLAND 1966
R. GUILLAND, *Étude sur l'Hippodrome de Byzance*, VI, «Byzantinoslavica», XXVII, pp. 289-307.
- HUGONOT 1996
CHRISTOPHE HUGONOT, *Les spectacles de l'Afrique romaine. Une culture officielle municipale sous l'Empire romain*, Presses universitaires du Septentrion, París, 5 vols.
- HUGONOT 2000
CHRISTOPHE HUGONOT, *Rome en Afrique. De la chute de Carthage aux débuts de la conquête arabe*, Flammarion, París.
- JANIN 1964²
R. JANIN, *Constantinople byzantine. Développement urbain et répertoire topographique*, Institut Français d'Études Byzantines, París.
- JENNISON 1937
GEORGE JENNISON, *Animals for show and pleasure in ancient Rome*, Manchester University Press, Manchester.
- JIMÉNEZ SÁNCHEZ 2003
JUAN ANTONIO JIMÉNEZ SÁNCHEZ, *Un testimonio tardío de ludi teatrales en Hispania*, «Gerion», XXI, pp. 321-327.
- JONES 1964
ARNOLD HUGH MARTIN JONES, *The Later Roman Empire (284-602). A social, economical and administrative survey*, Basil Blackwell, Oxford, 3 vols.
- LAFAYE 1896
GEORGES LAFAYE, *Funambulus*, en *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines*, dirigido por Charles Daremberg y Edmond Saglio, Hachette, París, vol. II, 2, pp. 1361-1363.
- LEBECQ 1990
STÉPHANE LEBECQ, *Les origines franques*, Éditions du Seuil, París.
- LELONG 1963
CHARLES LELONG, *La vie quotidienne en Gaule à l'époque mérovingienne*, Hachette, París.
- LIM 1997
RICHARD LIM, *Consensus and Dissensus on Public Spectacles in Early Byzantium*, «Byzantinische Forschungen», XXIV, pp. 159-179.
- MANGO 1985
CYRIL MANGO, *Le développement urbain de Constantinople (IV^e-VII^e siècles)*, De Boccard, París.
- MARTINDALE 1980
JOHN ROBERT MARTINDALE, *The Prosopography of the Later Roman Empire*, vol. II: A.D. 395-527, Cambridge University Press, Cambridge.
- MCCORMICK 1986
MICHAEL MCCORMICK, *Eternal victory. Triumphal rulership in late antiquity, Byzantium and the early medieval West*, Cambridge University Press-Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, Cambridge-París.
- MERTEN 1986-1989
ELKE W. MERTEN, *Venationes in der Historia Augusta*, «Bonner Historia Augusta Colloquium», XXI, pp. 139-178.
- MESLIN 1970
MICHEL MESLIN, *La fête des kalendes de janvier dans l'empire romain. Étude d'un rituel de Nouvel An*, Bruselas (Collection Latomus, 115).
- PASCHOUD 2001
Histoire Auguste. Vies de Probus, Firmus, Saturnin, Proculus et Bonose, Carus, Numérien et Carin, editado por FRANÇOIS PASCHOUD, Société d'édition Les Belles Lettres, París (Collection des Universités de France), vol. V, 2.
- PINON 1990
PIERRE PINON, *Approche typologique des modes de réutilisation des amphithéâtres de la fin de l'Antiquité au XIX^e siècle*, en *Spectacula I. Gladiateurs et amphithéâtres. Actes du colloque tenu à Toulouse et à Lattes les 26, 27, 28 et 29 mai 1987*, editado por CLAUDE DOMERGUE, CHRISTIAN LANDES y JEAN-MARIE PAILLIER, Imago-Lattes, Lattes, pp. 103-127.
- REA 1996
ROSSELLA REA, *Anfiteatro Flavio*, Ministero per i beni culturali e ambientali, Roma.
- REA 2001
ROSSELLA REA, *Il Colosseo, teatro per gli spettacoli di caccia. Le fonti e i reperti*, en *Sangue e arena*, coordinado por Adriano La Regina, Electa, Milán, pp. 223-243.
- RIVOLTA 1992
PAOLA RIVOLTA, *Commento storico al libro V dell'epistolario di Q. Aurelio Simmaco*, Giardini, Pisa.
- ROSENBLUM 1961
MORRIS ROSENBLUM, *Luxorius, a Latin poet among the Vandals*, Columbia University Press, New York-Londres.
- SAGLIO 1887a
EDMOND SAGLIO, *Cochlea*, en *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines*, dirigido por Charles Daremberg y Edmond Saglio, Hachette, París, vol. I, 2, pp. 1265-1266.
- SAGLIO 1887b
EDMOND SAGLIO, *Contomonobolon*, en

Dictionnaire des antiquités grecques et romaines, dirigido por Charles Daremberg y Edmond Saglio, Hachette, París, vol. I, 2, p. 1485.

SÁNCHEZ-LAFUENTE 1995

JORGE SÁNCHEZ-LAFUENTE, *Algunos testimonios de uso y abandono de anfiteatros durante el Bajo Imperio en Hispania. El caso segobricense*, en *El anfiteatro en la Hispania romana. Bimilenario del anfiteatro romano de Mérida (coloquio internacional, Mérida, 26-28 de noviembre, 1992)*, editado por JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ y JUAN JAVIER ENRÍQUEZ, Junta de Extremadura, Badajoz, pp. 177-185.

STEIN 1949

ERNEST STEIN, *Histoire du Bas-Empire. De la disparition de l'Empire d'Occident à la mort de Justinien*, Desclée de Brouweer, París-Bruselas-Amsterdam, vol. II.

TED'A 1990

TED'A, *L'amfiteatre romà de Tarragona, la basílica visigòtica i l'església romànica*, Ajuntament de Tarragona-Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Tarragona (Memòries d'Excavació, 3).

THÉODORIDÈS 1958

J. THÉODORIDÈS, *Les animaux des jeux de l'hippodrome et des ménageries impériales à Constantinople*, «Byzantinoslavica», XIX, pp. 73-84.

TOYNBEE 1973

JOCELYN M.C. TOYNBEE, *Animals in Roman life and art*, Thames and Hudson, Londres.

VEYNE 1999

PAUL VEYNE, *Païens et chrétiens devant la gladiature*, «Mélanges d'Archéologie et d'Histoire de l'École Française de Rome, Antiquité», CXI, 2, pp. 883-917.

VILLE 1960

GEORGES VILLE, *Les jeux de gladiateurs dans l'Empire chrétien*, «Mélanges d'Archéologie et d'Histoire de l'École Française de Rome, Antiquité», LXXII, pp. 273-335.

VILLE 1979

GEORGES VILLE, *Religion et politique: comment ont pris fin les combats de gladiateurs*, «Annales: économies, sociétés, civilisations», XXXIV, pp. 651-671.

VILLE 1981

GEORGES VILLE, *La gladiature en Occident des origines à la mort de*

Domitien, Roma (Bibliothèque des Écoles Françaises d'Athènes et de Rome, 245).

VISMARA 1987

CINZIA VISMARA, *Sangue e arena. Iconografie di supplizi in margine a: Du châtiment dans la cité*, «Dialoghi di Archeologia», s. III, v. 2, pp. 135-155.

VISMARA 1990

CINZIA VISMARA, *Il supplizio come spettacolo*, Quasar, Roma.

VISMARA 1999

CINZIA VISMARA, *I supplizi e i giochi pericolosi*, en *Il Colosseo*, editado por ADA GABUCCI, Electa, Milán, pp. 75-78.